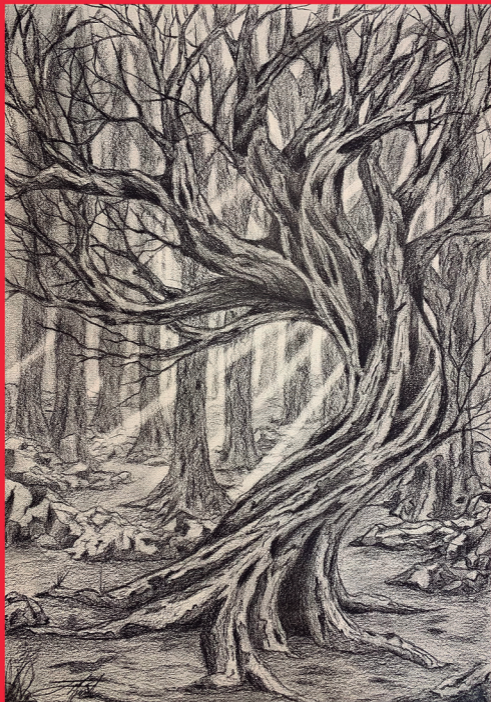


Certamen Literario Brunca 2024

Universidad Nacional de Costa Rica, Sede Regional Brunca



Compiladores: Joseph Montenegro Bonilla
Priscila Villalobos Olivares

Certamen Literario Brunca 2024

Compiladores

Joseph Montenegro Bonilla

Priscila Villalobos Olivares

860.44
B715c

Montenegro Bonilla, Joseph; Villalobos Olivares. Priscila, compiladores,
Certamen Literario Brunca 2024
Editorial Nacimiento - 1ª ed. Pérez Zeledón, C. R., 2024
156p. : 21 X 13,5 cm.

ISBN: 978-9930-9837-2-0

1. LITERATURA COSTARRICENSE 2. LITERATURA
I. Autor II. Título

Imagen de portada: Joseph Giralt Monge
Revisión filológica: Ariel Hidalgo Brenes
Editorial Nacimiento.
Diagramación: Adams J Ruiz.

Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción no autorizada por cualquier
medio, mecánico o electrónico del contenido total o parcial
de esta publicación.

Ganadores

Cuento Regional

El jurado decidió conceder el primer lugar a David Ismael Mora Alvarado que presentó el cuento “Polvo en Polvo”.

Poesía Regional

El jurado decidió otorgar el primer lugar al poemario titulado “El dios que nos vio”, de Josué Rodríguez Calderón. También se entrega una mención honorífica a Mailyn Gamboa Gamboa por el poemario “Poemas del corazón que anda cocinando”.

Cuento Nacional

El jurado decidió conceder el primer lugar Ronald Gerardo Hernández Campos por la colección de cuentos “El silencio es la forma correcta y otros cuentos”.

Poesía Nacional

El jurado decidió otorgar el primer lugar a Josué Arce Granados, por su poemario titulado “El mar en la bolsa del estómago”. Adicionalmente entre dos menciones de honoríficas. La primera mención honorífica a Ivannia Victoria Marín Fallas por el poemario “Hay un nido bajo mis párpados”. La segunda mención honorífica a Kevin Román Villalobos con el poemario “Mi padre el joven”.

En relación a la imagen de portada, se seleccionó la obra de Joseph Giralt Monge.

Presentación

La infame lógica de las artes e ilógica de las ciencias.

Cuando se piensa en ciencia se puede recurrir a dos ecuaciones trascendentes el $F=ma$ y $E=mc^2$, las dos dentro de la lógica de las matemáticas. Sin embargo, si entendemos $E=mc^2$ nos percatamos que la variable “ c ” es una medida no estricta del mundo de la matemáticas, sino del mundo físico, la cual “podría” no ser constante en la realidad, pero se asume como axioma. Este conflicto de la ciencia fue citada por Borges en “Del rigor en la ciencia”.

En el arte, en el sentido contrario, una serie de conceptos que parecen ser arbitrarios, se toman como una especie de axiomas para determinar el “nivel”, y los cuales se cuestionan como objetivos. Por ejemplo, cuando se analiza la belleza de una pintura se puede asumir según razones culturales, mas cuando se ve como matemática, la proporción aurea tiene factor importante en esta ecuación de estética, y no es cultural. De ese modo a un fotógrafo se le enseña a seguir proporciones, y quien la sigue tiene más posibilidades de crear tomas hermosas. La música también sigue secuencias lógicas, propias de un análisis estricto matemático. En teoría de juego, sería un juego de alta complejidad de modo que no es sencillo tabular todas las reglas en un pequeño manual. Issac Asimov usa la ciencia para retratarse en 1970 de su obra “Los océanos de Venus”, usando la frase: “...no desearía que se dejasen engañar al aceptar como datos incontrovertibles parte del material que en

1954 parecía «exacto», pero que en la actualidad ha quedado desfasado”.

La literatura tiene ese infame juego lógico, alguien crea una obra genial, y si un grupo de escritores a su alrededor siguen esas reglas al mismo tiempo, esas otras obras florecen. Los que llegan tarde y las imitan a la perfección, pero los agotados lectores y críticos terminan rechazándolos. Pasa un tiempo y alguien vuelve a calcar y, estos críticos y lectores olvidadizos lo disfrutan. Tomar pinolillo todos los días puede ser tedioso para muchos, y tomar café dos veces al día es inspirador por otros muchos. Reglas que a tractos son buenas y otras que a constancia son excelentes. Nos lleva a una simple conclusión, pocos entienden algunas reglas de las artes y las aplican, aunque esas estén ahí invisibles al paso del tiempo, como en la ciencia, donde la fuerza de la gravedad ha sido una constante en el planeta, pero solo dos personas han trascendido por su comprensión. En la literatura tenemos dos referentes a Cervantes y Shakespeare, aunque en el espeso mundo existan otros miles.

Adams J Ruiz. El editor.

Poesía Regional

Acta de jurado

Certamen Literario Brunca, Poesía Regional, 2024

El día martes, 01 de octubre del 2024, se reunió y deliberó el jurado del Certamen Literario Brunca 2024, para el género de poesía en la modalidad regional, el cual, estuvo conformado por Miguel Castro Guevara, Mainor González Calvo y Katherine Quirós Bonilla. Luego de examinar minuciosamente las obras participantes, el jurado conviene en lo siguiente:

1. Otorgar el PRIMER LUGAR a la obra titulada *El dios que nos vio*, presentada bajo el seudónimo de Abrojo Lunar. El poemario presenta una intertextualidad relacionada a las culturas precolombinas y principios ancestrales de la Región Brunca. Asimismo, emplea un buen uso del lenguaje y de imágenes literarias. Finalmente, esta propuesta posee un gran cierre plurisignificativo para el oyente.

2. Otorgar una MENCIÓN HONORÍFICA a la obra titulada *Poemas del corazón que anda cocinando*, presentada bajo el seudónimo de Maiiam. La obra tiene una unidad temática con un estilo de rima interesante. Son poemas que rescatan la riqueza culinaria de la Región Brunca y del Cerro de la Muerte. Es también un poemario ameno que muestra la tradición del encuentro con la familia y los afectos.

3. El jurado recomienda a los participantes de futuras ediciones realizar una revisión detenida de sus obras para evitar faltas ortográficas y gramaticales.

Concluida la labor encomendada por la Sede Regional Brunca de la Universidad Nacional, cerramos esta acta y firmamos:

Miguel Castro Guevara

Katherine Quirós Bonilla

Mainor González Calvo

Primer lugar

Josué Rodríguez Calderón
Salitre de Buenos Aires, Puntarenas

El dios que nos vio

*Sueño con querer y
todo lo que quiero me parece sin valor. Como un vándalo
roído por la melancolía, me dirijo sin fin, yo sin yo, hacia ya
no sé qué rincones... para descubrir un dios abandonado, un
dios que fuese él mismo ateo, y dormirme a la sombra de
sus últimas dudas y de sus últimos milagros
Breviario de podredumbre, Emil M. Cioran*

Para Abby

I. El colapso

Yo, Virgilio, me he quedado sin oficio, sin cielo y sin infierno.
Ven y bórrame,
no le saques filo a la piedra,
mi lugar está con los que nunca vuelven.
¿Quién recordó aquel setiembre y aquel noviembre?,
¿bajo qué pensamiento brotaron aquellos días?,
alguien habló y nos hizo a nosotros.

Bajo la carátula siniestra de las noches tu mano se extendió como el fotón que no aniquila a la sombra tan solo la aclara y ya no tuve miedo. ¿Era esa piedra solar donde 365 días estaban controlados por los Señores de la Noche? Estamos controlados por lo que nunca vemos y apenas una idea basta para hacernos rodar por los peñascos sin frenos.

Alguien nos vio sin hacernos con las partículas de sus pupilas. Me ves y te veo, ¿esa es toda la realidad?, sin embargo, me duele una herida que no lleva mi cuerpo. Su mirada rodó sobre nuestras ramificaciones como las huellas que persiguieron El Dorado, aquí y allá, una estela de líquido rojo, grafitis de antaño. Nuestros nombres tatuados de muchas voces y cada vez que alguien los pronuncia articulan otras voces.

Aunque nombrar no hace siempre las cosas posibles, tu decisión de seguir junto a mí aun después de que 1500 años colapsaran. Adentro el Templo del Gran Jaguar mecía los cráneos y el mundo se sostenía muy erguido sin preocuparse por los pedazos después de permanecer. Y esos abrazos tuyos que amarraban al número áureo muy adentro de mí, la serotonina y dopamina que en todo siglo hicieron hoyos en una tormenta sin acabar.

No hubo éter que no saqueáramos,
no hubo camino que no camináramos, el concepto
del cero hallamos y las constelaciones fueron nuestras.
El catasterismo muy adentro de nuestro organismo,
habló el tiempo y nos recogió una aporía.
Nos dijeron que no habláramos de nosotros
y dormimos en otros dorsos creyendo despertar.
Todo vuelve, pero no de la misma forma.
Un cometa y despertamos, la serpiente emplumada
vislumbró el horizonte y heme aquí nos encontró.

II. Los daños

No sabemos qué tan grande es una herida hasta que la abrimos,
el Príncipe de Albión chocó contra nuestro costado
y las praderas fueron más visibles. Hay un cenit al
que aspiramos en aquella infancia donde todo era posible.

El Misisipi no encontró orilla y en esa psicología
de ser resilientes perdimos a los tótems.
El águila calva con nuestra sanación por los vientos.

Por la ruta del *Spondylus* surcamos en busca
del oráculo para evitar los daños y encontrar al dios que nos vio:
Por Huarmey los barcos de totora yacen tendidos sobre
la arena al borde de ser olvidados y los peces ya no se
multiplican.

En Rondonia donde la soja y la ganadería desgajan la tierra
ancestral llegamos y del suelo brotaban cadáveres.
Al borde de la desaparición con el urucú bañamos
nuestros cabellos para llevar la savia de los ancestros.
Rapé de yopo para dialogar con los espíritus después
de descubrir que los miembros de nuestros hijos hilaban
el humus por todo el hemisferio. Trae la flauta, hay una
melodía que no pueden destrozar, debemos seguir.

Detrás de las palmas africanas que se mueven
a punto de cortar el aire en Esmeraldas
el machete cruzaba la muñeca de una mujer.
Hay una violencia de género que circula por las calles
y un silencio que nos hace más cómplices, ¡suelta tu voz!

Llegamos a recoger la estevia en las pecas del día
pero ya habían extraído el conocimiento de las montañas.
Un progreso en la destrucción nos dijo y fue todo lo que vimos.

Por aquel desierto secuestros y adicciones forman
la niebla. El poder y el dinero más que una adicción.
Se secó aquel invierno entre tantos esqueletos,
no escapes que la Muerte nos encuentra en cualquier lugar.

Descubrimos en el pináculo solo sombras donde estaba lo
verde,
la minería de cobre llegó para disecar lo que quedaba
en los pulmones de estos cerros. No, de nuestro pecho
nunca ha dependido si nos ahogamos o no, ni de nuestra
garganta; el oxígeno viene y desaparece sin avisarnos.

Un niño canta y su canto ahora ya no se escucha,
nadie sabe a dónde fue o qué fue de su risa entre
el fango deteriorado de otras voces. Encontraron su ropa
a millas de su casa. Siempre a los vástagos,
siempre a los vástagos. El llanto cubrió lo que quedaba
de aquel pequeño, una pérdida más en la memoria.

Dejamos nuestras colinas donde surgía el alba
y más allá taciturno e inmóvil yacía un muro de alambres.
Una patria que no es de todos; el terror vive en todos.
Al margen solo se puede escribir y vivir.

Por el sendero el taruca y el huemul son diagnosticados
con el veneno de la extinción.
Lo que claudica es lo que dejamos de hacer.
Ese veneno que consume al resto menos a nosotros.

Tanta sangre para que el Sol no muriera
en la Pirámide del Sol. No hay deidad que nos salve.
Recogimos juncias y con el quetzal nos cobijamos.
En la panza del ajolote nos adentramos, no habrá
metamorfosis, nunca seremos más que esto que somos.

¿En qué tarde triste no es alguien más feliz?,
el dolor nunca es compartido y, sin embargo, estruja los
corazones.

Esa es la inmanencia de nuestro hálito:
vernos deshechos mientras caminamos y sacamos fuerzas.

III. La nieve ardiendo

Mantuviste el calor de mi mirada encendida con tus palabras,
todo yacía congelado: el tiempo y lo que quedaba de la Gran
Estrella

y en el halo de la Luna el cinabrio para nuestros rostros. Trae
a las mujeres gallinazo y bebe el San Pedro. En esta oscuridad
nadie verá si bailamos junto a lo restos de lo que pensábamos
ser. Quizá cuando el hielo se canse apareceremos como
la Dama Tatuada bajo un resplandor ya muy ajeno a lo que
fuimos. Sí, eso está muy bien, porque a pesar de todo nadie borra
lo que fuimos y en nuestras vértebras el control sobre los
elementos,

el porvenir y los astros. En algún momento sanaremos,
aunque
no sea en nuestro cuerpo. ¿Recuerdas los puentes de hamaca?

Mientras tejíamos con el coya ichu el Qeswechacka
al otro lado nos esperaba la comida de abuela. El Apurímac
se quedó con parte de nuestro sudor y algo más.

Imayuqchu kashanki? No, nada, solo que después de 500
años aun extraño más el páramo solitario. ¿Alguien de
verdad
duerme en aquellos edificios? ¿Ayer pudiste dormir por fin?

Me tomé una poción mágica y soñé:
soñé cómo descubrieron a los cemí en las estalactitas
mientras pedían agua. A veces hay sequías que
vienen para quedarse.

Vi muchas almas que colgaban de los árboles
y los espíritus desde las ceibas no observaban
a más hombres ni a más mujeres.

Solo un felpudo que encerraba un cementerio de esclavos.

A veces todo pende de un hilo roto que ya no se vuelve a unir y esperamos la resemantización de lo que quedó. Alguien tocó el salto del Tequendama y el glaciar derritió; inermes antes las letras que salen de nuestras quijadas nos pusimos máscaras y vestimos de oro a los dioses.

En los hilos de cera la aleación del cobre más que un eco. Antropomorfo o zoomorfo al final no importa, solo ser. Mira, la nebulosa del Cangrejo, aun vemos.

Siempre entre abismos, siempre entre el légamo, nunca tuvimos la seguridad de que las combinaciones verdaderamente funcionaran. Tan solo tu pelo negro y lacio. ¿Fue aquel suicidio colectivo por el que venimos?, el deceso nos hace recordar lo que nos pasó y lo que fuimos, pero una vez sumergidos en su interior no pensamos en más nada, un concepto vacío al que las reminiscencias tratan de encontrarle un armazón.

Nadie quiso pronunciar el nombre de *Temáukel* hasta que en los museos las voces callaron para siempre. Alguien siempre creará que podemos ser tomados como propiedad y exhibir la cadencia de nuestra vida como algo exótico. Espera, siempre estaremos fustigados por lo que sentimos.

Mantuvimos la nieve ardiendo, no creas que la esperanza es un axioma que nos mantiene vivos. Si te digo esto, no lo creas, un consejo bueno no es siempre lo que nos ayudará. Me descubriste tarareando una plegaria:

¡Asísteme a mí que no he convivido con ningún dios,
a mí que en estos callos mis arrugas
no encontraron más que el reverso
de aquello que va asomando desde
nuestra oquedad hacia el exterior!

A mí que solo encontré
dentro de estas células una ecdisis
de anhelos y pensé que eran míos.

¡No me salves,
ya he convivido con los que nunca vuelven!

Uno aprende a contemplar
cuando los destrozos y la belleza
maduran frente a nosotros.

¡Asísteme a mí que a veces me pierdo
por encontrar al dios que me vio
y nunca lo encuentro! ¿Lo viste?

¡No me reveles ningún secreto
que ya alguien lo dijo bajo una forma
en que nuestras huellas apenas
saben permanecer!

IV. Otra historia

Otros escribieron nuestra historia
y la llamaron nuestra. Palinodia no hubo.
Otros decidieron por nosotros,
entre el cielo y el mar nos pusieron
en esta orilla.

A veces somos arrancados sin haber tenido
las raíces lo suficientemente profundas.

¿Viste cómo caen las hojas de los tecas al suelo
y se pudren poco a poco?, algún día ya no
estaremos aquí, sin embargo, seremos parte
de todo esto. ¿Recuerdas el pánico que dejamos
caer como carámbanos ante aquella noticia?

La herida fue tan inmensa aquel 18 de marzo
que parecía haber estado ahí siempre.
¿Así se sintieron todas esas madrugadas?,
sumergidos entre dos universos, pero a ninguno
podíamos ir. Trae la chicha de maíz que aún
podemos rugir y trae tu agujijón, abejas del clan
somos. La cohesión de nuestras venas al filo
del destino. *Is bé tséna?*

¿Fue esta cicatriz por la recordamos siempre
y esta conexión por la que sentimos siempre?
Toca tu cerbatana aun nadie se ha ido es tan
solo la forma en como miramos.
Allá en las corrientes del río se mueve el *Diköm*,
las lágrimas a veces forman mitos y seres vivientes.
He llorado tanto pero no sé en qué se ha convertido esto.

Pretendía taladrar unos versos en la madera

y se asomó una luciérnaga, alguien nos visitará mañana. Nunca tuvimos más que latidos para avisarnos sobre los acontecimientos que se iban depositando unos sobre otros. Uno se adapta bien a las modas y al flujo incandescente de las peripecias. A soplar el fuego con las plumas y también a reír lejos de la casita cónica.

¿Quién dijo que perder sienta bien cuando es debajo de los escombros y quién dijo que ganar te favorece cuando también has perdido?
Solo aprendemos a vivir y a soltar.

Quizás ya lo olvidaste, cuando casi caíamos desde nuestros pupitres porque el relieve apenas se sostenía sobre sí mismo. Quizás no, si el mundo nos hace rodar cada que lo pisamos a 360 grados y nunca tenemos la certeza de lo que pasará como la Niña Tierra. La misma cronología de un desasosiego que nos funde mientras somos monólogos de eventos que ya sucedieron en otros órganos, en otros estigmas.

No sé si fueron las láminas de bijagua las que demandaron que antes de envolvernos con sus caricias deberíamos estar vivos (y acá seguimos). No sé si las orquídeas también piden no abrirse cuando el brillo les demanda que lo hagan. ¿De verdad existimos mientras respiramos o es solo un deseo que espera realizarse? ¿Alguien más ya lo pensó o lo deseó?

En milagros no creo, pero creo en lo que veo,
en las tazas de café compartidas con el panorama
a punto de situarse en la melancolía,
en una lucha para la cual no nos preguntaron
pero la tomamos sin protestar,
en este amor plantado como las semillas en
Suláyöm. Una vez plantados solo nos queda crecer.
En un recorrido, aunque ya no nos quede más,
en la libertad de saber que volveremos,
en el iris que sangra una mañana
y se convierte en ocaso.
[Déjame reproducir *Amigos* mientras los siglos
dentro de nosotros se acomodan
para ver de qué manera quedan mejor].

Quizá todo sea una invención donde otros
se darán cuenta de la verdad,
quizá todo lo soñamos sin despertar como en
la penumbra donde creemos ver algo moverse.
Al final no hay momento más feliz que
cuando cierras tus párpados porque así
se escuchan los comienzos:
el sonido de un silencio a punto de reventar.

Mención honorífica

Mailyn Gamboa Gamboa
El Jardín, Pérez Zeledón.

**Poemas del corazón que anda
cocinando**

Recuerdo mi primera casa.
Recuerdo aquellas gradas.
Recuerdo aquella cálida cocina.
Refugio del frío que se avecina.
En un pueblo pequeño,
llamado El Jardín,
cerca del Cerro de la Muerte,
es donde aprendí a quererte.

Si me preguntas,
¿por qué te gusta cocinar?
Me detendría un minuto.
Un minuto para recordar.
Hay escenas que se graban en la memoria
como si hubieran sido hechas con dedicataria,
como si estuvieran destinadas a marcar
aquello que en un futuro iremos a buscar.

Se han preguntado
sobre alguna primera vez que comieron algo.
¿La recuerdan?
¿Recuerdan quién les dio a probar?
¿Qué los hizo sentir?

Era una tarde,
antes de ingresar a la escuela,
yo en medias y pijamas,
mi mamá dijo:
Bajen a probar una cosa.
Rápidamente, mi hermano y yo bajamos corriendo,
como si hubiera dicho una oración poderosa.
En la mesa se encontraba
un atún y unas sodas.

De eso se trataba.
Con cuidado,
mi madre tomó la galleta,
como si fuera una herramienta que se respeta.
La colocó en un plato,
mi hermano y yo atentos como si aquello fuera un relato.
Con una cuchara, generosamente,
agregó el atún finalmente.
Para evitar que se cayera aquello tan exquisito,
otra galleta colocó encima,
era parte del requisito.
Y así,
cuando mi paladar pudo probar aquel manjar,
mi gusto comenzó a festejar.
Sentí que me había perdido esa delicia
tantos años perdidos,
5 o 6 años tenía yo.
En ese instante pensé:
¿pero qué es esta delicia?
Ya no sabía al atún de siempre,
era como si se hubiera adelantado diciembre.
Era tanta la sorpresa de esa combinación
que hoy todavía tengo satisfacción.

Con los años puedo decir
que ese momento me enseñó:
Que no importa si ya algo lo he probado.
Con una nueva combinación puede ser algo sagrado.
No importa si el ingrediente es sencillo,
junto a otro puede crear el mejor platillo.
Claro, es importante no olvidar,
que añadir una pizca de amor va a ayudar.

Entonces, les preguntó yo a ustedes:

¿recuerdan la primera vez que comieron sodas con atún?

*¿Recuerdan la primera vez que probaron los tamales de
Navidad?*

¿Un chocolate caliente los hace recordar a alguien?

*¿Un pollo achiotado les hace pensar en su mamá, su abuela o
aquella tía?*

La comida,

no son solo ingredientes para mí.

Son recuerdos,

son nuevas sensaciones,

son personas que se han ido en distintas direcciones.

Es mi manera de mostrar amor,

es mi manera de deshacer el malhumor.

Las especias en mis frascos de vidrio

a mi cocinar traen equilibrio.

Pero no se comparan a la huerta de mis abuelos.

Bendecidos son aquellos suelos.

El acto de cocinar y sus ingredientes

es una manera de querer a nuestros parientes.

Cuando la comida es buena y deliciosa

hasta el más apurado reposa.

Así, me tomo con amor y seriedad

que mis ingredientes den felicidad.

Como un artista que tiene sus pinceles favoritos,

yo tengo mis ingredientes exquisitos.

Hoy quiero compartir

mi cocina, mis pensamientos, mi sentir.

Con esta serie de odas,

espero que las disfruten todas.

Están escritas como amor

y que ustedes las lean es un honor.
También, tienen una tacita de nostalgia,
pero eso solo les añade algo de magia.
Sin más extensión,
les dejo mi creación:

Oda al chile picante

Los valientes hablan de ti sin temor a desafiar,
pero después de una mordida los pondrás a bailar.
Un día vi a un hombre morder un chile amarillo,
allá lo vi pasar llorar como un chiquillo.

Pero no todo es temor con el chile picante,
si sabes utilizarlo, puedes crear un platillo elegante.
Chipotle, jalapeño, panameño, no importa el color,
una carnita con chile picante a tu vida traerá sabor.

Así que no temas.
¡Al guacamole! ¡A la sopa! Dale emociones,
que la vida se basa
en lo que agregas a lo que comes.

Oda a la cebolla

Capa tras capa nos haces llorar,
platillo tras platillo nos haces enamorar.
Hay quienes te adoran,
hay quienes a la orilla del plato te dejan,
hay quienes con cebolla frita se enamoran,
hay quienes, en ceviche, cebolla cruda no dejan.

Con tu sencillo sabor, mil recetas habré,
no importa el gusto, tu sabor impregnará,
de los frijoles arreglados eres el toque esencial,
que transforma lo común en algo especial.
Cebolla, que nunca faltes en nuestra cocina,
sino la comida será peor que la rutina.

Oda al ajo

“Tráeme un diente”, dijo mi mamá
y yo confundida quedé.

“Mejor tráeme toda la cabeza de dientes”, dijo una vez más,
asustada yo ya estaba perdiendo la paz.

Luego sacó de un pequeño cajón
aquellas piezas blancas que a mis comidas hoy dan corazón.

En la cocina siempre está presente,
humilde y pequeño,
pero que, junto al aceite caliente,
¡es el ajo! ¡Su olor es un sueño!

Poderoso ingrediente,
que a la enfermedad le hace frente
“Para la tos”, dijo mi abuela,
“Tomate un ajo valiente”.

Así que, en nuestro arroz y en nuestra vida,
el ajo no falte, ni mi madre, ni mi abuela.
Son la esencia que no se olvida,
tesoro valioso que me dio la vida.

Oda al jengibre

Bajo la tierra te ocultas,
con gran esfuerzo llegas a nuestra mesa.
Pronto nuestras recetas conquistas.
Te vuelves la gran sorpresa.

Jengibre bendito,
que alivias nuestra garganta.
Con miel en una taza caliente,
me haces ser de nuevo valiente.

Finalmente, jengibre colorido,
de fuerte aroma y picor incluido,
cambiaste mis postres y recetas,
ahora en la cocina, soy un poeta.

Oda a la pasta

Receta: harina, agua y huevo.

Hoy vamos a recurrir a ti de nuevo.

Ayúdanos en nuestros platillos,

pasta,

con tus platos complejos y sencillos.

Hay quienes la preparan

con salsas y mariscos.

Hay otros que la aman

con salsa y compromisos.

Para otros no puede faltar el queso,

y es que una buena pasta

es como un buen beso.

En la pasta puedes encontrar variedad

de colores, texturas y felicidad.

No importa si acompañado o solitario,

haz que comer pasta sea extraordinario.

Oda a la miel

De las abejas vienes, en nuestro pan terminas,
la más fuerte gripe tú eliminas.
Como un dulce amor, bello y literario,
un pan con mantequilla con miel es necesario.

Contra la tos, heridas y quemaduras,
de la cocina y la medicina has sido gran armadura.
La luz traspasa tu color amarillo
y a cada postre aportas tu brillo.
Así, cada gota tuya es puro sabor,
miel de mi vida, néctar de amor.

Oda a las especias

De la naturaleza, un regalo son
y a nuestra vida traen sazón.
Son las especias para cocinar,
las que harán de tus platillos un hogar.

Gran variedad en aroma, color y sabor,
con ellas podrás conquistar un buen corazón.
Al igual que vida, llena de riesgos y medidas,
aprende a usar las especias en tus comidas.

Procura medir bien la pimienta
o terminarás estornudando una tormenta.
Al arroz con leche agrega algo de canela
y te quedará como el que hacía tu abuela.
A las recetas agrega algo de paprika
y sabrás lo que el buen color significa.
Para la carne nunca olvides el tomillo,
es el mejor aliado para tu platillo.
Si aprendes a usar bien el romero,
tu comida atraerá a cualquier viajero.
Y, para terminar,
nunca dejes de sazonar,
que la vida sin sabor
es igual que un desamor.

La última oda que les compartí
nos compara el no sabor
con el desamor.
Y sí, un mal amor es como un arroz sin sal,

es como caminar descalzo en un rosal.
Un mal amor es como el café sin pan,
es como estar en medio de un huracán.
Un mal amor es como un picadillo muy salado,
es como si todo perdiera significado.

Así que, cada vez que vayas a cocinar,
imagina con amor aquello que quieres crear.
Ten presente el rostro que vas a iluminar,
no sabes que pensamiento triste puedas borrar.

Como pueblo agricultor, soy bendecida.
En Pérez Zeledón, mi tierra querida,
conseguiré culantro, papas y pimienta.
Tierra que todo fresco me presentan.
a mi cocina va directo,
voy a cocinar el plato perfecto.
En mi pueblo frío, encontrarás aguacates,
estos son más ricos que los chocolates.
Mis abuelos tienen en su huerta
la mejor oferta:
orégano, perejil y tomillo;
encontrarás en un cajón sencillo.
No tienes que ir al supermercado
que estas dan mejor resultado.
Dichosos aquellos
que fuera de su casa tienen ingredientes
para preparar su comida
no tendrán inconvenientes.

Así que cuando me preguntan:
¿Por qué te gusta cocinar?
Les respondo:
Tengo la respuesta larga
que ustedes acaban de leer.
(Espero no como una hierva amarga
que, si no, la tristeza me embarga).
O tengo la respuesta corta:
Hoy te voy a cocinar una receta
y tú me dirás si en la cocina soy una poeta.

Dedico este poemario
a mi papá,
que con sus comidas da felicidad
y me heredó el arte de cocinar.
Que la cocinada no te paralicé,
“la comida se hace sola”, es lo que él dice.

A mi mamá,
que después de sus panes cocinar,
sus galletas de maní hornear,
me hace sentir en hogar,
no importa el lugar.

Este ha sido un pequeño poemario
que te he estado contando,
llamado *Poemas del corazón*
que anda cocinando.

Poesía Nacional

Acta jurado Certamen Literario Brunca, Poesía, Categoría Nacional 2024

El día 6 de Octubre de 2024 se reunió y deliberó el jurado del Certamen Literario Brunca 2024, para el género de poesía en la modalidad nacional, el cual estuvo conformado por Susana Monge Alvarado, Byron Ramírez Agüero, y Maricruz Fernández Pérez. Luego de examinar minuciosamente las obras participantes, el jurado conviene en lo siguiente:

1. Otorgar el **PRIMER LUGAR** a la obra titulada “El mar en la bolsa del estómago”, presentada bajo el seudónimo Noctiluca, ya que la obra se presenta como una propuesta coherente y unificada, cuya voz madura y por momentos visceral sobresale por la fuerza y la articulación de sus imágenes poéticas. “El mar en la bolsa del estómago” no teme abordar diversas temáticas como el amor o la familia en una estética donde convergen onírico y lo cotidiano, dando lugar a una experiencia sensorial y profundamente evocativa de su lectura. A partir del uso constante de metáforas y lenguaje figurado se construyen las representaciones del cuerpo, el deseo, las relaciones afectivas y sus luchas, el dolor, la pérdida, lo profano y lo sagrado, etc., se da forma a una atmósfera tanto violenta como erótica, tanto atormentada como nostálgica en sus planteamientos literarios.

2. Otorgar una **MENCIÓN HONORÍFICA** a las obras: “Hay un nido bajo mi párpados” del seudónimo Ningún Lugar y “Mi padre el joven” del seudónimo Pablito Atreides. “Hay un nido bajo mi párpados” sobresale por el

evidente cuidado de su propuesta intertextual y por su abordaje simbólico de temáticas como la infancia, el tedio, la soledad y la memoria que dan lugar a un libro merecedor de una mención honorífica. Por otro lado, el libro “Mi padre el joven” presenta una voz poética versátil, un importante trabajo de la ironía, la cotidianidad y el lenguaje conversacional que logra crear un ambiente desenfadado, pero a la vez profundo y reflexivo en su representación de una figura paterna y la memoria de la infancia que de ella se desprende.

3. Observaciones: el trabajo ganador, así como las menciones honoríficas, fueron definidas a partir de la comunicación por escrito y posterior discusión directa entre los miembros del jurado. Específicamente, la señora Fernández Pérez aportó su veredicto por escrito para su posterior incorporación a la discusión entre los demás miembros del jurado.

Los miembros del jurado también recomiendan una revisión filológica a los textos previa a su publicación.

Esta acta se encuentra validada por las firmas de todos los miembros del jurado o, en caso de no ser posible el registro de todas ellas, por la firma de al menos un miembro, siempre y cuando el envío del documento se haga también a los miembros no firmantes.

Concluida la labor encomendada por la Sede Regional Brunca de la Universidad Nacional, cerramos esta acta y firmamos:

Susana Monge Alvarado

Maricruz Fernández Pérez

Byron Ramírez Agüero

Primer lugar

Josué Arce Granados
Goicoechea, San José

El mar en la bolsa del estómago

*“Son los trajes los que nos usan, y no nosotros los que usamos los trajes: podemos imponerles la forma de nuestro brazo o de nuestro pecho, pero ellos forman a su antojo nuestros corazones, nuestras lenguas, nuestros cerebros.
Orlando, Virginia Woolf*

El incendio de tela

Esta tienda
es un cuarto
del pánico.

Nadie dijo que mi padre se reiría,
que su lengua
es la alfombra
del escaparate.

Adentro,
se abren los bombillos duchas de alquitrán
y las paredes
destilan los espejos
que hacen charcos
en el suelo.

Los otros clientes no tienen rostro
solo ojos,
atravesan los pasillos como Dante, como Eneas
y yo soy todos
los penitentes
de la historia.
Los estanques del infierno
-espejos envenenados-
comienzan y acaban en mis piernas.

La vergüenza es una montaña de azufre
que el viento me arrojó en los ojos.
Me pregunto dónde habrá quedado la belleza,
está en la ropa

Canto al porno

I

La cabeza de esta oruga es el taladro que destapa el gemido
de mis manos.

Me las llena de pequeñas bocas,
son túneles de labios penetrados por el gusano
que van a dar a otros labios.

Los huecos de mis manos
solo saben pronunciar estos gritos,
pero no los escucho desde el primer día,
a los doce años,
cuando pulverizaron mis oídos desde dentro.
Ahora solo puedo escuchar con los ojos.

Es una sirena de tierra que se posa y canta en la punta de
mis dedos.

Canta solo para mí.

Su canto me revela las cosas.

Cosas como el fuego.

Escucho el fuego

por primera vez todos los días,

cuando la oruga besa en orgía todas las lenguas de mi palma
y la saliva me revienta hasta los brazos.

Cada revelación me arrebató un pedazo de piel.

La oruga crece.

La oruga crece.

II

Me quedan solo las falanges.
De una pende la cabeza mutilada de Venus
que me mira a la cara.
Un ojo es el ojo del proxeneta.
Un ojo es el ojo
de la prostituta,

el rayo que me sale de la cara toca sus ojos
los agrieta
y explotan,

han caído los muros de la razón
han abierto el castillo de carne
a la prostituta se le escapan los hijos
por un ojo
intentaron salvarse,
acampar en mi frente,
pero la rayería vaporizó sus cuerpos

tengo hambre y el palacio me pertenece:
he de atiborrarme con las paredes
he de lamer la lengua de las alfombras
he de mascar la cama de la reina y a la reina

pero de la boca no me sale lengua ni dientes
sino las dos manos del rey Midas:
Lo que chupo se convierte en sangre.
Lo que muerdo se convierte en sangre.

El castillo es una bolsa roja que cae al piso y estalla

III

Ahora tengo dos alas negras
no me nacieron los ojos ni los oídos
no huelo nada mi nariz está repleta de espuma
mi piel es una costra
no tengo tacto
solo gusto
solo estómago
volaré hasta la punta de la montaña para lamer el éxtasis
devoraré las frutas de los árboles de radiación

porque crecen al instante y saben a azúcar solo por eso,
porque la radiación le sabe a azúcar a los que solo sienten
apetito.

Y el viento de mi aleteo volará las plantas
hasta que se desprenda el pasto,
hasta que el jardín se despelleje
y se convierta en un desierto de carne
pero da igual,
ahora puedo volar sin que me importe
que el semen de mis manos
se convierta en sangre.

Quiero ser un pedazo del jardín

*-Te doy un beso, Amor,
Para mutilarte al varón.
Falocidio, Roberto André Acuña.*

Mis ancestros decían que sus mujeres eran frutos,
que eran flores.

Por eso, la cabellera de la mujer que amo crece de la tierra.
Tiro de sus mechones y
emerge su cabeza del suelo cubierta de tierra;
me dice que también me ama.

Yo pensaba que debía meter su cabeza
en la olla ardiente de hervir las verduras

yo pensaba que su carne se tragaba hasta la náusea
y que luego debía cubrir el jardín con sal
para que su pelo no creciera de nuevo,

así como lo hizo mi padre con mi madre
y sus padres
y los padres de ellos
y toda la herrumbrada cadena de mis antepasados.

Verdaderamente amo a mi mujer,
y la deseo en mi vientre
y yo en el suyo
pero la cocina no huele bien cuando hiervo su cabello
cuando lo sirvo en un plato
lo enrolló en el tenedor y lo mastico.

Es hermoso ver su pelo crecer en el jardín
sobre todo, porque tiene muchas formas
la mujer que yo amo tiene tantas cabezas
desperdigadas por el patio
cabezas rojas, cabezas violetas
azules, naranjas, amarillas.

Mis antepasados también decían te amo a sus mujeres
y después,
en el jardín,
les cortaban las cabezas para hacer un manojo
y decorar la casa.

No hay nada que me guste más que mi mujer,
quiero acomodar su cabeza en las paredes
y no serán pinturas
sino todos los espejos de la casa.

En los cuadros del pasillo
mis ancestros me reprueban con la cabeza
pero pienso que ellos nunca amaron a sus mujeres

¿Por qué les daba tanto asco ser como ellas
si les decían que eran hermosas?

Para ellos el esmalte y la acetona
eran perfectos para regar el jardín,
pero nunca los usaron para pintar la casa
porque derretían las paredes.

Yo quiero ser un pedazo del jardín
y que a la tierra en vez de césped
le crezca mi cabello

quiero sembrar mi cabeza
a un lado de un árbol
y no entrar de nuevo a la casa
donde mis antepasados
exprimían el jugo
de la vagina
de sus amadas
en un pichel
para beberlo en el almuerzo
y seguido -por cáscara-
usaban la ropa
de ellas
para alimentar
a las cebras

quiero tumbarme en el zacate
y que me despierten los pelos de la mujer que amo
enrollándose en mis tripas.

Tiresias ante los dioses

El placer, dioses,
lo conocí en este cuerpo de hombre
cuando ella cegó al cíclope
del fondo
de mis intestinos.

Madrigueras de fantasmas

*Padre es una madriguera de fantasmas
Patíbulo, Miyer Pineda.*

Para fabricar a los hombres de la casa
los padres enseñan sus artes a sus hijos

si para hacerlo el tuyo
clavó sus manos sobre las tuyas
y te dijo: ¡no vuelvas a darme un abrazo!

Si tapizó tu carne con su piel,
si la adhirió a todas
las paredes
de la casa
y hasta forró la luz de las ventanas

o te embarró masilla en cada hueco del cuerpo
para que los gritos ajenos
te reboten hacia fuera
y los internos
te mastiquen las entrañas
sin encontrar salida

si te soldó un falo
con el soplete de sus gritos

si utilizó un alicate para enderezar
cada arruga de tu sonrisa

y te encerró en una armadura
hecha a la imagen y semejanza
de tu abuelo

-a los doce años
cuando abrías su regalo
viste el humo del silencio escaparse de la caja
y el único mal que lograste retener
fue la vergüenza ante sus ojos-.

No alces contra él la segueta
que utilizó para cortarte los tubos
del estómago que daban al mar.

Si, por otra parte, cuando naciste
te entregó la estafeta milenaria del abandono
y se fue a la calle a derrochar su soledad
y no ha vuelto nunca a casa

no aceptes sus armas ni sus relevos
recuerda lo que enseña la Parábola del Padre Pródigo:
es el hijo quien debe perdonar a su padre.

Arte facial

Este lápiz
levanta
(como hicieron los egipcios)
una escalera directa hasta el sol
en el borde de los ojos.

La piel es el fluido más largo de todo el cuerpo.

El sueño de Orlando

I

Se derretía la casa en mis brazos. Abrí la puerta y a los muebles les salían ojos de las patas; la sala se llenó de lágrimas. Las glándulas de las paredes llenaban el cuarto de saliva. La casa era una boca que me lamía el cuerpo y la erosión descubría otro cuerpo. En la pared los cuadros chorreaban la sangre de mis antepasados. La lluvia destruyó las gradas, las paredes, la casa se escurría entre mis dedos. La casa era un charco donde vi en bucle mi cuerpo desmembrarse. Las piedras del río mordían mis órganos. Mordían los muebles. La casa cayó al suelo, la tierra bebía de ella.

II

Mi estómago en el centro de la sala proyectaba la lluvia. Las canoas se llenaban de ojos. Eran los míos. Vi el techo repleto de pulpos. Bajé del sillón, pero mis pies se hundieron en el piso que era líquido, la madera era un caldo y las olas marrones reventaban en la alfombra. Un pájaro volaba sobre el muelle con la puerta de mi casa en el pico. El muelle era el lomo de una cebra, la cebra corría detrás de la casa y yo atravesé el muelle como un puñetazo en un piano ¡La música la tocaré del otro lado! Pero el barco no podía zarpar, alzaba el ancla y emergían pedazos del techo, alzaba el ancla y emergía mi escritorio. Colgué mi estómago en la punta del mástil.

La casa se pudre bajo el agua.

III

Vomitó entonces mi columna vertebral y con ella azoté a los peces que saltaban a cubierta, pero los huesos de mi columna sangraban, ¡oh sí!, sangraban litros de cobijas. Los cadáveres de los peces se convertían en muebles al tocar el agua y se hundían hacia los lados porque el mar era vertical y la tormenta caía horizontal. La lluvia era rosa y no era de agua eran cebras, cebras que se sentaron en mi balsa para ayudarme a remar hasta casa, los animales reían por las orejas. Divisamos la casa, pero sus pezuñas estallaron el vidrio en el que estaba sentado, la balsa era la ventana de mi cuarto que daba hacia el jardín. Tomé mi ropa, la arrojé por la ventana. Me saqué el cuerpo de la boca y la metí en la caja de zapatos donde guardaba el mar bajo la cama. La caja la arrojé también al patio.

IV

El cuerpo de mi mujer me esperaba entre los arbustos, desabroché sus costillas y abrí su ombligo para vestirlo. Fui directo a donde las cebras para devolverles la burla, pero la brisa de la playa derritió mi ropa. Entonces dibujé mi cuerpo en la arena. Las olas masticaban mi carne; llevaban mi cuerpo hacia el estómago del mar. Me fui junto a la flota de caracoles que se alejaba de la costa. Bebí el mar directo de la bolsa de mi estómago y la borrachera la compartí con los moluscos. Ellos me salían del cuerpo. Para alimentarlos me quité la piel y me puse el mar. Mordimos los peces más jugosos de la panza. El océano emanaba de los mordiscos, bebió mi cuerpo, bebió las playas, ahogó a las cebras. El mar inunda este estómago.

Decálogo para perdonar a los ancestros

1. Hay que lavarse con ácido la yema de los dedos.
2. Hay que vomitar pedazos de cebra.
3. Hay que llorar las montañas que se amontonaron tras los ojos.
4. Hay que arrancarse la carne y hervirla en una olla.
5. Hay que lijarse las costras del cerebro.
6. Hay que exorcizarse los dioses de la guerra.
7. Hay que extirparse la voluntad de los poros.
8. Hay que meter los órganos internos en la lavadora.
9. Hay que cortarse el apellido con tijeras.
10. (Si quedase algo) Hay que ponerse el cuerpo nuevamente

1ª Mención honorífica

Ivannia Victoria Marín Fallas
San Pedro de Montes de Oca, San José

Hay un nido bajo mis párpados

Fenómenos del sueño

Alguna vez pinté fisuras sobre mi puerta,
espacios para imaginar y no sentir.
Dentro, las niñas nombraron la pregunta mujer, cielo y
espuma.

Sigo embelesada.
Receptiva.

Una casa vacía no puede evitar el hacha,
la antorcha o la tizna.
Encontré sus partes dentro de mí.

La luz se convirtió en hematoma,
rumbo a la memoria, los amigos.

Era tan bueno estar allí,
incluso cuando la floración era imposible.
Pero cada cierto tiempo hay que romper la rueda,
enfrentar la muerte y su ojo dorado.

Solo la crucifixión lo hace posible.
De nada sirve envidiar los nidos de las aves pequeñas.

Habrás de consumirte,
te volverás más fuerte,
más fiera.

Inclina tu cabeza en el altar del sol,
su fulgor y tu propia desnudez.
Luego contarás cómo se alzó.

**Nada vale una vida
excepto otra vida**

Su canto todavía se traza
donde duerme el soñador que ya no sueña,
sino es con el tallo que sostiene su cuerpo moribundo
para hilar en agua fresca la infancia de sus costas,
los soles que se ocultan tras el corazón abierto
y traspasado de la aurora,
la inocencia de no saber nombrar
que solo quien mira retorna,
en ese mirar que es voluntad de lo bello,
en el amor que se abre,
rumbo a la *clara Ítaca*,
cuando la primera nave lo surca,
cuando el destino del primer muerto lo cultiva.

Pharmakon

*In simplicitate cordis quaerite illum,
quoniam invenitur ab his qui non tentant illum
Sap. I v. 1*

*y una roca pequeña contiene la grande oleada
Homero, Odisea, Canto III, 296.*

Abro la ventana y te encuentro,
despojado de aquella sombra.
Tu saco y tu sombrero cuelgan de la percha.
Por un instante me veo tentada a cubrirme con ella
y bailar al ritmo de esa claridad de tu sonrisa,
concebida en el firme control de tus manos.
Nada esperan, nada temen.
Por eso me gusta mirarlas.
También me gusta mirarla a ella,
allí donde tiende los brazos
con la esperanza de volver al lugar de todas las que soy.
Resurrección distante, primitiva,
que conjura y nos florece entre el veneno y la cura,
entre libros, notas, objetos en desuso
que nos piensan cada tarde de aquel día
cuando la síncopa del jazz
y sus movimientos más íntimos
marcan el ritmo de tu tiempo.

La casa en el jardín

A Marina

Cuántas veces desperté
en su modesta casa,
acurrucada en la ceguera
victoriosa de la infancia.
En medio de la luz que infunde
hacia su propio tallo,
esa que ha de abrirse en el abismo
y me abraza para que, incluso ahora,
pueda sentir su cuerpo idéntico a la vida,
el privilegio de crecer recostada en su regazo.

“Santica”, me decía cuando era buena,
“chiquilla”, si abrazaba las muñecas
y sus voces al declinar el día.

Sus palabras son invocación silenciosa
de la cual emerjo siempre,
mucho más diáfana.

Vuelve mi pensamiento a aquellos lugares,
al sueño y al soñar
donde ella escucha
y yo soy la que canta.

Ella, un astro luminoso y lejano.
Reaparece en la dicha o en el llanto
como una lámpara que se enciende a sí sola
en todo lo que amo.

Ella esconde la palabra.
Su latir es el tiempo, chispa verde,
música perfecta
de la naturaleza
y sus ciclos.

Canope

Acaricio la fotografía de mi madre,
como si con las yemas de los dedos
pudiera aliviar el recuerdo
de un girasol enfermo.

Zashiki warashi

No siempre fue buena,
no como la casa sin amo,
la casa florida.

¡Mi pobre niña!
Su cara blanquísima cubierta de sudor.

Mi pobre niña que escupe monstruos.
Nunca está sola.

En su falda cariñosa
hay una voz que retumba:

*No puedes amar a nadie
sin pensar en la muerte.*

Sin embargo, sopesa, disfruta la idea,
como quien come un caramelo
y lo mueve de un lado a otro
dentro de la boca.

Después de todo, su mente se inclina
a ese Dios que nunca llega.
No hay puertas ni ventanas
a las que llamar.

El ansia se estira siempre
un poco más.

Alguien ha muerto,
las luces se apagan,
y el interior de la casa desaparece.

Μνημοσύνη

Ten cuidado.
Ella podría engañarte.

Cerca de la llama
la mujer regresa
bajo el velo gris.

Claridad siempre
al dorso de un poema,
cuya visión recoge y aguarda
el peso de mí misma.

No podemos evitar la vigilia
compartir la madeja,
las manos y la vista,
el nacimiento nuevo de las cosas
en la parte más peligrosa
que la naturaleza nos regala.

En ella hay simetría,
también, una magia contagiosa,
anticipándose a la razón más íntima,
que ha de florecer en nuestros párpados.

Compartimos la infancia profunda,
cada día y su raíz silenciosa.
Somos los ojos abiertos,
el hambre y su despertar contento.

Y tú, amor, eres lo más tuyo,
la fruta que el reflejo del estanque madura,
el sonido de todo cuanto es eterno y suave
siempre que irrumpes allí donde guardo los afectos.

Vislumbre

Defender la distancia
que media entre jardines,
tomar parte silenciosamente
sin pretender llegar
al otro
en nosotros
disgregado.

El Gibbor

Tus ojos, cariño,
son los ojos de Dios.
Como él, te deslizas sobre las aguas.

Es preciso ser lo que adoras
para matarme y traerme de vuelta.

No digas que no lo necesitas.
El paraíso irrumpe en nosotros,
como animal en celo.

Re-alumbramiento

Dejamos caer nuestros nombres
donde el vacío no empieza ni termina.
Somos uno que muriendo se coloca en el otro,
como el mar que se retira y vuelve
sobre el coche de un niño
atascado en la arena.

De alguna manera,
siempre somos lo que amamos
o hemos odiado 777 veces.

A Salvador

Lo azul en tus ojos, abuelo,
requiere prestar atención minuciosa a la duda,
al amor y sus mecanismos frágiles a través del tiempo.
Disecionar con ayuda de un microscopio
el laberinto de sus hilos en tu fotografía,
el alcohol, la guitarra y un sombrero gris.

Lo azul en tus ojos, abuelo,
a veces no me deja levantarme de la cama,
es aquella oscuridad visible de mi madre
trenzando cicatrices sobre el nicho que te guarda,
metáfora fundacional
de mis silencios.

Cero metafísico

El tedio es un pájaro que arde
sobre nuestras espaldas,
sentarse en este cruce de caminos,
esperar que las palabras que se alejan
nos encuentren.

El canto del cisne

Nunca fue tan perfecta
ni tan dulce
como cuando ejecutó
con extraña fuerza
la caricia
como último gesto desafiante,
su temblor de vida
palpitando
en mis ojos abiertos
que, de tan verdes,
se volvieron la negra
y lejana luz
de algún sueño.

Ella prometió:
Todo estará bien.
Pero yo sabía
que no era cierto.

Ese día cambié la piel
y la carne
por la huella de su ausencia
entre las cosas.

Desde entonces,
me siento a esperar
donde los demás corren,
en ese hogar que ya no habito,
entre los juncos y la hierba alta.

Bebo de mí misma

en un aleteo
cada vez más lento,
como quien reconoce
la proximidad de la horca,
al tiempo que se erige
una nueva estela.

Temo el soplo del alba,
la superficie de los lirios,
el eco de sus pasos sobre la hierba,
mi torpeza de pájaro herido,
los hombres que me han amado,
las mujeres revenando
a través de mis sueños,
su reflejo redondo
al revés de mi pecho,
cada amanecer inextinguible,
las sombras,
los atardeceres que conmigo andan,
su salto vacío
y el reflejo de mi rostro
en el anillo ocular
de la noche.

Papá

Ojalá nunca te hubieras ido.
Así no tendría que rastrear
tu herencia en mi cerebro
o en el iris de mi madre
con la punta de un cuchillo.

Columbario

Hay un nido bajo mis párpados,
dentro, una antigua sombra late
sin que nadie lo sepa.

No importa cuántas tormentas
abofeteen mi rostro.
Continuamente se deshoja
en una transparencia
que no puede ser nombrada.

Su palabra es densa,
arde y en ella persisto.

Si lo hago,
siempre seré pura.

Y todo cuanto he conocido
no hará más
que alimentar
mi vida
mi cuerpo
mi alma
mis ojos
mi rostro iluminado
por el sabor amargo
de su sonrisa muerta.

De mis muertos, *in memoriam*,
al resguardo de su sombra.

2ª Mención Honorífica

Kevin Román Villalobos
Moravia, San José

Mi padre el joven

EL CLUB

Formo parte de un gran club
junto a grandes personajes
reales y ficticios
que son tan reales
que olvidamos que son ficticios:

Batman

Simba

Paul Atreides

Raúl Zurita

Bolaños anotándole al Sidney en el Mundial de Clubes de Japón

Michael Corleone

Jorge Manrique

Ted Lasso

mi bully de octavo

Arya Stark

Kieran Culkin en *Igby goes down*

Kieran Culkin en *Succession*

el resto de los niños Roy

Vegeta el príncipe de los saiyajin

Lito mi excompañero de transnacional

Kany García

Carlos Rivera

los hermanos dos Santos

mi madre y mis tíos

mi abuelita

y muchos más.

Todos tenemos una historia
que continúa tras la muerte del padre
y como el zurdo que reconoce a otro
al verlo firmar un documento

percibimos en nuestros compañeros
un algo que fue arrebatado
un algo que a diario recuerda
la inevitabilidad de perder lo que se quiere
la imposibilidad de salir ileso del tiempo
al que nuestros progenitores nos arrojaron
aun a sabiendas que un día
tendríamos que transitarlo sin ellos.

LUGARES COMUNES

No hay muerto malo
ni niño feo
ni huérfano viejo.

Todos somos al instante de la pérdida
ese infante que lloró desconsolado un día
cuando creyó perder a su padre
en un mar de gente
antes de verlo regresar con dos helados.

Aun cuando no lloremos
y nos lleve meses o años
fabricar un llanto digno.

Aun cuando tengamos la certeza
de que ya no aparecerá
sonriente entre el tumulto.

UNA FOTO

Hay una foto de nosotros niños
en la que no nos reconocemos.
Vemos hacia el suelo
porque nos molesta la luz de la cámara
y una versión joven de nuestro padre
en la que sí nos reconocemos
nos sujeta de los hombros mientras sonrío
como alguien que no piensa en ese momento
que un día su hijo tendrá que escribir sobre su muerte.

VARIACIONES EN ENRIQUE LIHN

Los que no han sido vacunados en la tierra
pueden serlo en el cielo.

PRESAS

Cuarenta minutos
de la UNA
a la cuesta
que une
Santo Domingo
con Tibás.

Pienso
mientras reviso
mis redes
sin novedades
en todas
las horas
que sumadas
forman días
en las que mi papá
vio su vida
perderse
en las presas
adentro de un bus.

Las veces
que lo esperábamos
para cenar
y nos decía
que comiéramos sin él
porque alguien chocó
en algún lado
y ni siquiera
había llegado a San José.

Mi padre
el hombre más impaciente
que conocí
atrapado como yo
en una presa como esta
viendo la vida esfumarse.

LA FAMILIA PATERNA (VERSIÓN 2024)

Lo pensé hace poco
mientras hacía mi breve lista de invitados
y me impactó:
seré la única persona en mi boda
con el apellido de mi padre.

LA BIBLIA DE RUTH

La primera vez que me fui de la casa
llevé conmigo solo los libros
que consideraba realmente importantes.

Tomé robada la única Biblia de la casa
la Biblia de mi padre
que tenía una dedicatoria en letra femenina:

El mejor regalo para la mejor persona es...

Indudablemente una Biblia

Especialmente para ti, Ronald.

Deut: 6:5

Josué 1:8-9

Con cariño Ruth.

21/7/86.

La última muchacha que me gustaba
antes de que mi papá se enfermara y muriera
me dijo algo que nunca se me olvidará
tal vez por absurdo
tal vez por cierto
me dijo que lo más estúpido
que le había dicho alguien
que quisiera ligársela
era que ella tenía letra de rica
sentí curiosidad y le dimos vuelta a mi apartamento
buscando algo con lo que pudiera escribir a mano.
Finalmente, dimos con uno de mis marcadores de pizarra
blanca
con el que ella escribió en un material reciclado

*Feliz casi cumpleaños,
saico tímido bombeta guapísimo
gracias por las risas y el amorcito
con cariño Gloriana
1/5/21.*

Le dije que en efecto era letra de rica
y me dijo que a mí sí me lo creía
y nos dimos un beso de personas que se gustan
y que están en el apartamento del que vive solo
y celebran su cumpleaños un par de días antes.

Leo Eclesiastés en la Biblia de papá
la Biblia de Ruth
y veo la dedicatoria que ella le hizo a mano
y quisiera tener contacto con Gloriana para mandarle una
foto
y decirle que Ruth también tenía letra de rica
y ella me preguntaría que quiénes son Ruth y Ronald
y yo le diría que mi papá
y una muchacha que le dio una Biblia a sus 16
y nos cagaríamos de risa
y quizás alguno diría que fuimos como Ronald y Ruth:
dos que parecían quererse, pero al final no se quedaron.
Y ella me preguntaría si aún tengo el papel que me escribió
a mano
y le mentiría que sí que por ahí lo tengo guardado,
junto al calzón de gato que me dejó aquella vez.

Mi papá nunca me contó de las mujeres
en su vida antes de mami
y se incomodaba cuando yo le hablaba de mis experiencias
con las chicas

como cuando le conté de Gloriana
el día ese que celebramos mi casi cumple
y le dije que íbamos a ir a Chepe a tomarnos algo
y luego a mi aparta a ver qué pasaba
y que me deseara suerte.
No me respondió nada
solo vi que las orejas se le pusieron rojas
y dirigió la mirada hacia no sé qué en el suelo.

Del 86 me contó de la mano de Dios
y todo lo que hizo Diego en el Mundial
me contó de los partidos en diferido
y de los teles en blanco y negro
a los que se les ponía un plástico monocromático
para que parecieran de color
y que el de ellos era morado obviamente.

El día que empacaba para irme por primera vez de la casa
le enseñé la dedicatoria de la Biblia
y le pregunté que quién había sido Ruth.
No me respondió
solo vi que las orejas se le pusieron rojas
y dirigió la mirada hacia no sé qué en el suelo.

Mami entró a escena en el momento perfecto para decir
que Ruth era una vieja de la iglesia que andaba detrás de
papi
cuando él tocaba la guitarra y cantaba en los cultos
antes de volver a hacerse católico y casarse con ella.

Yo les dije que todas las Ruth que había conocido eran bien
guapotas
y nadie me dijo nada.

Aproveché ese silencio para robarme la Biblia de papi
la Biblia de Ruth.

LA BALADA DE LA BALA GÓMEZ

No sé si habrás hecho algo
de lo que te sintieras
genuinamente orgulloso .

Odiaría que estuvieras aquí
para decir que sí
y que ese algo hubiera sido yo.

Me gustaría verte más como a tu tocayo
La Bala Gómez en su despedida
cuando le recordaron el gol aquel
que me narraste porque me dormí
y no quisiste levantarme
el del tercer lugar en un torneo de cinco.

¿Te acordás?
Vimos juntos en tele esa mejenga
entre amigos de amigos
y al final
cuando el periodista de turno
le recordó ese gol
Ronald, sin necesidad de fingirse humilde,
dijo:
“Ah, ese fue un golazo” .

Quisiera imaginarte en tu lecho
así de orgulloso
por un momento en el que fueras
así de grande
ante tus propio ojos.

DÍA DE LAS MADRES

Buscás una foto para la ocasión,
para seguir las tendencias,
para recordar la infancia
que cada vez recordás menos,
para ver a tu madre más joven que vos,
para percibir cómo han cambiado las modas,
los peinados, la infraestructura.

Encontrás por fortuna o por azar
la otra versión de una foto
que tenés con tu padre,
en el mismo parque,
el mismo día,
con la misma ropa,
el mismo sol,
la misma bola,
la misma cara de chiquillo malcriado.

Pensás en un universo alterno
donde la que falta es ella
y hoy es, por tanto,
el día más triste del mundo
porque recordás su ternura y su protección,
pero, sobre todo, su ausencia.

Pensás en todos quienes hoy pasan por ello.
Se te rompe el corazón por su dolor.
Llorás un poco.

Tu madre está bien,
tenés la dicha de tenerla,

la fortuna de poder abrazarla
y escucharla reír.
Tu madre es joven aún,
como tu padre también lo sería.

Es el día de la madre
y estás pensando en el padre que no está
o estás pensando en un universo alterno
donde la que falta es ella.

Buscás una foto para la ocasión,
para seguir tendencias
y te topás, sin quererlo, con el dolor
que a veces acompaña a la alegría
con la que se funde en la nostalgia.
Nostalgia que buscabas al buscar
una foto para la ocasión.

MI PADRE EL JOVEN

Un amigo me dijo
que vio hace poco
en la calle
a un hombre
que se parecía a mí
en veinte años.

No quise hacer preguntas
¿Era gordo o delgado?
¿Se veía en paz o melancólico?
¿Le quedaba algo de pelo?
Y si así fuera
¿Lo tenía cubierto de canas?
¿Parecía vencedor?
¿O se veía más bien vencido?

Mi amigo me dijo eso
a modo de saludo
y yo lo ignoré
como hace uno
con cualquier
comentario hostil.

En veinte años tendré 52.
Mi padre murió de 51.

Un amigo me dijo
que vio en la calle
a un hombre
que se parecía a mí
en veinte años
y pensé en mi padre

el joven
mi padre el muerto.

Cuento Regional

Acta de jurado

Certamen Literario Brunca, Cuento Regional, 2024

El día martes 8 de octubre de 2024 se reunió y deliberó el jurado del Certamen Literario Brunca 2024, para el género de cuento en la modalidad regional, el cual, estuvo conformado por Cecilia López Morales, Karla Sterloff Umaña y Adams Ruiz Ruiz. Luego de examinar minuciosamente las obras participantes, el jurado conviene en lo siguiente:

1. Otorgar el PRIMER LUGAR a la obra titulada “Polvo en polvo”, presentada bajo el seudónimo de Lázaro Peor, debido a que tuvo un nivel literario superior entre las obras concursantes.

2. Se destaca la importancia de seguir las normas de participación del certamen, entre ellas, la importancia de usar un seudónimo y no el nombre real al enviar el material para el certamen.

Esta acta se encuentra validada por las firmas de todos los miembros del jurado o, en caso de no ser posible el registro de todas ellas, por la firma de al menos un miembro, siempre y cuando el envío del documento se haga también a los miembros no firmantes.

Concluida la labor encomendada por la Sede Regional Brunca de la Universidad Nacional, cerramos esta acta y firmamos:

Cecilia López Morales

Adams Ruiz Ruiz

Karla Sterloff Umaña

Primer lugar

David Ismael Mora Alvarado
Barrio Sinaí, Pérez Zeledón

Polvo en Polvo

—¿Qué? —preguntó Montag a aquel otro yo, el idiota sub-
consciente que balbuceaba a veces al margen
de la voluntad, el hábito y la conciencia.
Fahrenheit 451, Ray Bradbury

*Me propuse un cuento circular de biblioteca y ornamento,
pero temí que esta vida narrada se me desgajara en las
manos si limaba alguna aspereza.*

ALGOR

Nos empezó la historia en la tragedia exacta, donde cual “peor” no tuve más reparo en morirme y punto.

Como se hace eterna la espera con aquel caldo de barro entre los dedos. Puro silencio sagrado de completa oscuridad, una oscuridad color invierno. ¡Solo me puedo imaginar el grado de colicho! ¿Qué se imagina usted por invierno si yo soy más latino que el hambre? Y con todas las figuras literarias por allá botadas. No puedo tampoco decir hielo porque el que conozco me lo comí de un copero con las manos sucias, aunque no se equivoca del todo, sí es más helada que mojazón.

Lo que si le puedo decir es que, en esta miserable soledad, la persignada de inercia se siente vacía.

¡Qué desgracia! Con los mil y un vicios que lo persiguen a uno en vida da gracia ver a donde lo termina llevando la mente. Porque aún en aquella borrasca a oscuras uno desearía pensar en la familia o en la iglesia, alguna salvación o por lo menos un intento pobre de metafísica, pero no, capricho y mente son uno y solo podía revivir a punta de tropiezos las interminables peleas con los zancudos, el desvelo, la puta gotera, todas las trasnochadas en rezo por un centímetro más de aquella cobija prensada o un milagro de un palmo más de cama para aquellos pies colgantes.

¡Cómo sobra el tiempo muerto!

Así, en aquel tumor de recuerdos y charral de memoria, me encontró un día, una sensación, un amor que ya parecía enterrado.

La primera fiesta y que los cumpla feliz. Con los desodorantes a destiempo, las tangas con chiflidos, el peluche aún sin nombre y los rompecabezas sin armar.

Los chistes verdes de mis tíos de los que me reí una década tarde, con aquel disimulo las historias de indecencias y yo con la oreja parada como si algo fuera entender.

Los bolazos sin dirección en los imperdibles lirios de mi abuelo y la mirada imaginaria de regaño que, no por inventada, dejaba de quemar.

Me encontraron los colochos, colochos negros como crónicas de una muerte anunciada.

Aquella niña, nínfula de pura picazón, los primeros labios que ni por asomo vi venir cuando me robaron el primer besillo de inocencia.

Y ahí me quedó la memoria. Con una, un poco más fina, estaba seguro de poder recordar algo más, un poquito, algo más allá del color de pelo, las pecas y el gesto de hacer que quería vomitar cuando la chiquilla me vio buscando aprobación a la travesura.

Todas las intermitencias de la muerte y soledad.

No había otra cosa que recordar más que la infancia, con sus adultos a medias y definitivamente los padres sin manual de crianza. Se podía rellenar los huecos con las camisetas mal puestas, las chancletas en el pie equivocado y el fatal intento de ponerme el pantalón aún con los zapatos puestos. Pero eso solo era el fondo, el fondo de disimulo para todas las figuras faltantes.

¡Cómo sobra el tiempo, muerto!

LIVOR

Con el tiempo de purga se van cayendo los adornos. Parecido a un día de domingo (los imperdibles de iglesia y partido) en el que, conforme la gota de sudor recorre la espalda, van saliendo los botones de la camisa. Para cuando se forma el agrio bigote de sudor, la faja cedió, los zapatos quedaron botados y las medias en las bolsas. Ahí, a medio desnudar, encurtido en salazón de trópico, se pierde cualquier vestigio de culto y hostia, se va toda la civilización de zapatos lustrados, con el paseo incansable de la mosca penitente la añejazón se siente desde la médula.

Era la lengua, la que iba dejando botados los adornos, pedazos de carne y humanidades, las vivencias se me iban consumiendo de tabaco, dejándome solo el humo y los dientes sucios.

Aquella chema negra roña de pura americanada fue el portento de nueva era. La primera camiseta de domingo que no me hacían encaramada a fuerza de paternidad tercermundista, esa de chancleta en mano.

Con la felicidad tatuada de oreja a oreja me encaramé ese trapo hasta que las lonjas dieron paso a un estirón repentino y el ombligo al aire le dio fin a su casi uso diario. Estirón que me trajo la pesadilla de un bigote mal puesto, el sobaco hediondo y las nalgas caídas. Sin contar la despedida tragedia de mi primera confidente, aquella camiseta ya de tono gris virágua, se fue en una de las rondas de herencia a cuanto chamaco mocososo mi mama se encontraba dando vueltas.

Con la tragedia de despedida me di cuenta de que algo había cambiado, los gallos a media frase y las espinillas indiscriminadas me lo vinieron a confirmar con un oscuro tono en desgracia.

Ahí dejé de cruzar la calle de la mano y demasiado adulto para los gustos que me achacaban mis padres empecé a buscar con qué demonios identificarme.

Me la habían puesto difícil, entre puro chata y mari-guano, me costó lo que parecía una vida encontrar que aquella camiseta negra ya me había quedado como lunar en el destino. Me quedó la vida marcada de puro chuica y americana.

Con el pichel igual de torcido que jarro de manicomio, empecé la tarea que la picazón de culo me encomendó como motivo de existir.

Seguro hasta el apellido que un beso de alguna malvada era lo que me faltaba para llamarme adulto en toda regla, me lancé a mar. Con la inexperiencia de pupilo me empecé a mandar papelillos con aquella que pareció aflojar ante la tontería de cuanta chiquillada se me metía entre ceja y ceja, con ella di el primer aprete en el que demostré todo lo que en definitiva no sabía. Se acabó en el instante en que, sin querer y usando dotes de caballo, le mordí un diente, sin saber, incluso hoy día, cómo logré tal hazaña.

Con la cara contraída y el orgullo desecho se me acabó el vuelo de adultez apenas un par de segundos después del comienzo. Toda la tensión en los hombros y los brazos rígidos. Se iba implicando todo el cuerpo en la memoria y el entablillamiento de aquella amargazón en vergüenza me iba involucrando cada musculo del cuerpo. Aún con

la sensación de crucifixión con la que me encontraba no podía evitar una risilla, recordando a la pobre agredida agarrándose el diente a dos dedos viéndome con ojos incrédulos de puro susto.

Aquel cambio repentino empezó a parecerme lo natural, incluso después de abandonado el pensamiento. La agresión de la borrasca, el frío lapidario había llegado destruyendo algo frágil. Pero ahora abandonado al recuerdo los cambios se sentían como un camino llano.

RIGOR

Una licuadora a pagos como el culmen de mi total independencia y como resumen de mi entera pobreza a causa de la educación. No había una palabra más que decir, ni un solo recuerdo más que traer. Eso me resumía toda aquella etapa de caminadas sin los pasajes de bus, la congoja de ver el champú y el jabón en polvo acabarse a la vez y los días contados para la beca contra el hambre y la indigencia.

Con una tranquilidad algo más solemne que la de infancia me fue pasando de a poco el vaho de puberto, me dejó con un pedazo de cartón que me nombraba bachiller, con una nula decisión propia y ninguna habilidad en la cocina fuera de hacer huevo, salchichón y arroz masudo.

Con aquel tremendo historial de pensamiento crítico algún jalabolas me preguntó por el futuro y yo con el chorro de babas colgando me di cuenta de que me había agarrado algo tarde para ser un violinista chino prodigio.

El niño ya redondito del molde de burbuja en el que había vivido empezó a rodar escalera abajo. Cuando el pobre diablo quiso saber dónde había ido a caer se encontró discutiendo con alguna peste de casero el depósito de algún pulguero hediondo. Descubriendo que las cuatro tazas de arroz ahí se le terminaban llenando de gusanos y que la lavadora ya no lavaba.

Pero nada, de aquello llegaba a la profundidad del entero silencio, del eco que hacia la puerta al abrirla como único sonido de bienvenida y el tintineo de las llaves al ponerlas firmes sobre aquel clavo solitario. Todas las luces

apagadas hasta que yo no las encendía, la cama atestada de ropa y la comida aún cruda.

La rutina se tornó de una grisácea textura arenosa, donde día a día me debatía contra las cuatro paredes mal repelladas para saber cuál de las dos iba a caerse primero e, incluso en aquella mamarracha mal armada, me sentía perder día con día.

La lluvia solamente caía y moría, gota a gota se sacrificaban sobre las latas de zinc, la calle empolvada y mis hombros. Esa era la diferencia de todo el asunto. Aquel aguacero me caía haciéndome sentir vivo, vivo porque así me elegí: empapado de la cabeza a los pies.

Pero pensaba en el otro tipo de mojazón, la del paraguas endeble que chorrea de a poco los brazos, que deja pesados los ruedos y se filtra por el zíper del bolso. Esa lluvia impropia, esa lluvia que no se elige para mojarnos, sino que nos elige a nosotros para martirizar una vuelta a casa.

Esa era la soledad, tan dulce cuando nosotros mismos nos decidimos respirar en ella, pero el peor de los castigos cuando simplemente lo trae el azar, cuando es lo último que nos queda atrás de un rostro que es ahora un desconocido o es el día a día de una penitencia eterna.

Con todas estas trabas y grilletes de Sísifo, subía cada mañana para verme por la noche tirado en el mismo charco de meados. No hubo palabras de consuelo ni guías leales, nunca hubo plata para terapia.

Un único trago de birra me dio mi tío (para que nunca más la pruebe), me supo a meados y satanizada de raíz me convencí a los ocho años que no era lo mío. El café me parecía un vicio tan lejano cuando solo me robaba pedazos

de pan con pate en las tardes de tertulia. Pero a uno y otro se termina llegando y con cada probada devastadora el asco se transforma en aguante, el aguante en gusto y el gusto en vicio. En dolores de cabeza los días de abstinencia, cuando se vació por fin la bolsa amarilla Suli.

Con toda aquella bolsa de estorbos y cargas de antaño empecé a superar el silencio de la puerta sola y las llaves empotradas. Le gané cariño a la cama con olor a sexo y a pelo, con la comida cruda como bienvenida y los mil y un vicio que arrastraría a la tumba.

Pude al fin dormir a sabiendas de mi soledad y sin buscar un rostro al que agradecer fui al fin dueño de alguna palabra de felicidad.

Así, con las chancletas puestas y sin tener ni una cosa concreta, me encontró el absurdo. Justo el día en que el capricho se estrechó a la vida, dejé este mundo de timadores.

FILO

Parido sin remedio reparé en el problema de respirar hasta que me encontré podrido desde la médula. En aquel festín tan complejo para gusanos me quise acordar de las piezas en español de la infancia de mi tata, con algo de lamento en ya no poder aprender los acordes de alguna guitarra prestada.

Estaba llegando al fin del viaje para la memoria, el cuerpo y el alma. El purgatorio estaba en la tierra, los gusanos se tragaban mi carne y la tierna oía con paciencia de madre aquellos recuerdos que narraba con el frío en la frente, los músculos contraídos y los pies hinchados.

Todo se filtraba y el alma se iba limpiando de pachucas y vivencias, se iba desgajando y quedaba limpia como una semilla guaba. Todo se me agolpaba en las sienes y sabía que en cualquier momento aquella piel, ahora tan lejana iba a ceder y se iba convertir el alrededor en una abstracción de lo que alguna vez fue un individuo. Solo la broza del café seco.

Pero antes de irme y sin limar asperezas, sabía que todos los retazos de recuerdos muertos iban a salir como una estampida sin sentido de su alma en pena. Saldrían a una vez con la explosión de sus entrañas cuando el gas en su interior fuera imposible de retener y creara su propio camino a la tierra de la que vino.

De los doscientos achinados que conocí, todos en regla del mismo apodo casi ancestral y los cuatro nombres de perros que parecía que todos los latinos aprendieron del mismo intelectual (Oso o Canela, sin discriminación a

cuanto zaguete cayera en manos con correa). Era solamente el prologo a un torbellino de historias y cuanta babosada uno aprende para olvidar.

Me iba quedando solo en mi modesto luto sin agua-dulce ni arepa.

Les daba un último vistazo a las manías de una vida entera.

Con quietud obligada, pero estoica, enterrabas aquellas ideas que incluso en la nausea daban la lucha por ser paridas y yo no podía más que sonreír de aquel entierro sin flores.

Casi podía ver algún primo segundo, que en brazos de algún samaritano se asomaba por la ventanita de aquel ataúd ajeno, viendo por primera vez con rostro la personificación palideja del finado tío de no sé quién, estudiante en vida de no sé dónde, que era tan recto y por ley.

Olvidaría los dos días anteriores, que fueron el primer par de 24 que escucharía aquel nombre. Perdería la ubicación del humilde hueco-nicho, pero jamás perdería el recuerdo de aquella atmósfera engrasada y los pómulos secos de su primer vistazo a la nada.

Lo digo, porque hoy en la canallada de este barrial a oscuras soy ambos, cuando se me encontró el destino con la salazón y sin más reparo, morí y punto.

POLVO

Así el inicio que me concedieron fue solo un signo de final, desde aquel útero de sangre fui marcado con polvo al que volvería, polvo que sería y polvo que siempre fui.

Cuento Nacional

Acta de jurado

Certamen Literario Brunca, Cuento Nacional, 2024

El día 25 de setiembre de 2024 se reunió y deliberó el jurado del Certamen Literario Brunca 2024, para el género de cuento en la modalidad nacional, el cual estuvo conformado por Dr. Óscar Delgado Chinchilla, Lic. Daniel González Chaves y Dra. Ruth Cubillo Paniagua. Luego de examinar minuciosamente las obras participantes, el jurado conviene en lo siguiente:

1. Otorgar el PRIMER LUGAR a la obra titulada El silencio es la forma correcta y otros cuentos, bajo el seudónimo William Wilson, por las siguientes razones:

- Se puede percibir un buen oficio escritural, que le brinda al cuentario una calidad sostenida.
- Hay una excelente construcción de las imágenes literarias que se integran adecuadamente para lograr una buena sinergia en la construcción textual, lo cual logra cautivar a la persona lectora.
- Las tramas están bien elaboradas y logran mantener la atención de quien lee.
- Hay un foco de interés claro, que se mantiene a lo largo de cada relato.
- Aborda temas de índole histórica, pero desde una perspectiva cálida y personal, lo cual brinda nuevas formas de reconstrucción de la memoria histórica.

Esta acta se encuentra validada por todos los miembros del jurado y está firmada digitalmente por al menos un miembro. El documento será enviado por correo

electrónico a todos los miembros del jurado, así como a la organización del concurso.

Concluida la labor encomendada por la Sede Regional Brunca de la Universidad Nacional, cerramos esta acta y firma:

Óscar Delgado Chinchilla

Ruth Cubillo Paniagua

Daniel González Chaves

Primer lugar

Ronald Gerardo Hernández Campos
San Pablo de Heredia

**El silencio es la forma correcta
y otros cuentos**

*Aleja de nosotros todas las acechanzas del demonio.
Líbranos de los huracanes, de las guerras,
de la ansiedad del hambre, del contagio de las pestes.*

Los hijos más jóvenes de sus sobrinos la escuchaban repetir partes de sus rezos en las tardes de calor, mientras ella, supuestamente, los vigilaba, con un libro en el regazo, junto con el periódico del día con el crucigrama listo para ser completado.

Zulay no les prestaba el menor reparo ni tampoco parecían despertarle ningún interés, excepto por Gabriel, hijo de alguna sobrina, que constantemente la asediaba con preguntas de asuntos que ella había enterrado ya. La memoria de Zulay se había detenido en algún momento de los setenta años, cuando se cansó de cargar con culpas ajenas y dejó de albergar recuerdos inútiles, como el matrimonio triste de sus padres, la guerra civil, las persecuciones, los liberacionistas que buscaban comunistas que estuvieran escondidos en las fincas, como si fueran a brotar de una tierra que lo único que albergaba era café y caña de azúcar.

Zulay borró de su mente los fracasos conyugales de sus hermanos, la nota de despedida y el disparo en la cabeza de su hermano mayor, las recriminaciones de una madre enferma de cáncer que se iba lentamente sin morirse. Ella vivía con sigilo el olvido de los cuidados que debió darle a otro hermano suyo: el cáncer los hundiría a todos, pensó mucho tiempo atrás.

Zulay no dejó de pensar en los montones de sobrinos que tuvo que cuidar, ningún hijo propio, ningún amor al que llamar propio... ¿a quién puñetas le podían importar sus recuerdos? Parecía ser que solo a Gabriel.

Él no se iba del corredor principal de la casa a jugar con sus otros primos. Tendría entonces diez años y no parecía

conforme con las respuestas cortantes y sin ánimo de responder a sus dudas que le daba su tía abuela. ¿Por qué le preguntaba constantemente por cosas que ella jamás se había cuestionado? Zulay seguía ojeando el libro y continuaba en su rezo interminable, a veces en su cabeza, a veces en voz alta. Nunca se permitió equivocarse.

No permita nos aflija los temblores de tierra,

El estruendo de los rayos, el ímpetu de los huracanes.

—¿Zula! —le habló de repente Gabriel.

—¿Qué querés, muchacho? Andá con esos carritos a jugar a otra parte...

—Es que no me has contado por qué no me dejás decirte abuela.

—Porque yo no soy tal cosa, majadero. ¿No tenés alguna cosa de la escuela que ir a hacer si no vas a jugar con los otros, que deben andar destruyendo algún jardín o persiguiendo algún perro o a las gallinas? —le preguntó cortante, con la intención de que la dejara en paz.

—No tengo más tareas, ya las hice. Entonces, contame, Zula, ¿qué se siente enterrar a tus papás?

Zulay se quedó extrañada por la pregunta. Tardó unos segundos en reaccionar y le dijo a Gabriel que no había nada de raro en eso, que era normal que los hijos enterraran a sus padres y no al revés, a lo que el niño respondió con otra pregunta más incómoda: “¿Cómo lo hizo, Zulay? ¿Cómo enterró a sus papás?”.

La mujer nunca se había cuestionado si había una forma “correcta” de enterrar a los progenitores, una manera aprobada por el cura o alguien de alguna jerarquía religiosa superior. Le parecía absurda la pregunta del niño, por no

decir impertinente y fuera de lugar, pero comprendió que todos en algún momento se enfrentan a ese entierro doloroso... *esa despedida que cobra forma cuando la madre la levanta a una de madrugada para que tome una bicicleta o un caballo y vaya a conseguir cómo traer a quien hiciera en ese entonces las declaraciones de defunción.*

Yo no tenía permitido en ese entonces montar una bicicleta, yo no tenía permitido siquiera tomar uno de los animales para hacer un caldo sin permiso. ¿Cómo iba a poder atender la petición de mi madre si no sabía montarme ni manejar nada que no estuviera en la cocina o en la lavandería?

Mi padre había muerto mientras dormía junto a ella y mi madre, desesperada, recurrió a mí. Yo, la única que estaría en condiciones de ir a buscar lo que me era, entonces, desconocido porque me lo habían prohibido de pequeña.

En el momento en el que salí a la calle no tenía cómo saber a quién acudir, a quién pedir auxilio, podría tener dieciocho años y una eternidad de ignorancia que me pesaba más que saber a mi papá poniéndose frío en su cama matrimonial. Me vi en una callejuela que entonces era un polvazal sin casi nada de casas a la redonda, sola, más sola, sin padre.

No obstante, la ayuda me llegó justo a la hora en que pasaban trabajadores con la caña de azúcar. Roberto Rojas me vio en la calle, paró para saludarme y apenas le dije lo que había pasado nos fuimos en el tractor del papá a buscar al policía de la única comandancia, cerca del centro del pueblo, el único lugar donde había teléfono para mandar a llamar a quien pudiera socorrer a mi madre y hacerse cargo de los preparativos del cuerpo.

Mientras iba con Roberto, sola, me sentía incómoda, no podía ni verle la cara. Cuando pude hacer que el policía llamara a alguna funeraria, médicos, ¡quién fuera!, di la dirección de la finca con el miedo que eso alertara a los liberacionistas que en el pasado nos persiguieron. Me consoló saber que en el transcurso del día alguien llegaría y mi padre podría descansar. No debíamos mover el cuerpo.

Agradecí por la ayuda, me acuerdo, pero yo estaba atrapada en otro tiempo. Roberto siempre me pareció tan guapo que olvidé que se había muerto mi papá y, cuando llegamos con el patólogo, me había echado una conversada sobre todo y nada con el que creí que sería el amor de mi vida.

Entonces teníamos la misma edad. Ya después nos veíamos en el mercado, a veces me llevaba con las compras en el tractor del papá. Pero mi madre me espantó a Roberto: “¿cómo se te ocurre, muchacha, fijarte en un Rojas, que son liberacionistas hasta los huesos? ¡Te volviste loca! Conformate con saber que me vas a cuidar hasta que yo falte, después podés hacer lo que querás”. Fue la sentencia de mi madre y fue como si se me hubiera podrido alguna ilusión para nunca más.

Intenté protestar, porque a mi hermana menor se le había permitido casarse y me recriminó que quién era yo para cuestionarla, me pegó y me dijo que me callara. El silencio era para mi madre la solución de cualquier problema, aunque en la calle le gritaran: “¡Tela, hijueputa!”, porque no contrataba peones de familias liberacionistas para que cortaran caña o cogieran café.

Me prohibió subirme en el tractor que ya luego perteneció a Roberto, y años más tarde manejaba el hijo de Roberto con Chena. Yo habría querido que ese muchacho saliera de

mí. Creo que nunca perdoné a mi madre por haberme negado rotundamente el permiso para casarme. Tampoco me pude perdonar por tonta, por dejar que el tiempo me marchitara, por haberme quedado callada, siempre como una pieza de armario, con las ropas de las carmelitas descalzas, sin conocer el amor, viendo como el hombre que yo amé se hacía viejo con otra, tenía los hijos que yo quise, mientras a mí me ponían a cuidar chiquillos ajenos, sobrinos que no pedí.

Siempre me dijeron que yo era alta, guapa, que sabía leer muy bien, que cualquier hombre se hubiera encantado con mi conversación, con mi forma de llevar la economía de la casa, que cocinaba muy rico.

Siempre creí que tendría oportunidad de casarme, sin embargo, desde que supe que yo enterraría a mi madre me negué a sacarme fotos o que me hicieran retratos, que mi belleza se fuera diluyendo en el olvido.

¿Casarse? Eso fue para mis hermanos y vi cómo cada unión fue hecha añicos por las palabras de mi madre, los odios de mi madre, las fobias de esa señora, hasta que le vino el cáncer que la hizo postrarse en una cama, una venganza del destino, y verla, sufrirla, recibir una muerte dolorosa que mi padre no padeció. En el fondo yo creía que la merecía por haber sido tan mala conmigo...

Zulay se perdió en sus recuerdos por un instante y trató de darle una respuesta a Gabriel:

—Enterrar a un papá o a una mamá es un alivio. Es igual que enterrar a una tía abuela, chiquito.

—Está bien, Zula. Ya me voy a jugar a otra parte.

Ella vio al chiquillo irse corriendo a buscar a sus primos en algún jardín. Siguió distraída, esta vez con el crucigrama y en su mente el mismo rezo de siempre.

*Concédenos, oh buen Dios, vivir en paz
con nuestros vecinos y nuestras conciencias.*

Finalmente, danos buena vida, buena muerte.

Muchos años después, el día que iba a morir, la tía abuela Zulay llamó a todos sus sobrinos y a sus hijos, incluido Gabriel. Ordenó que nadie debía llorarla mientras se iba al más allá. *En silencio es como se debe enterrar, muchacho.* Esa sería la forma correcta de enterrarla, finalmente le dijo a Gabriel, porque a ella ya la habían enterrado mucho antes, sin pena, sin lágrimas.

ESTRAGOS

El empleo de los sentidos para palpar, escucharse, olerse, y ser consciente de que algo no funciona bien en el cuerpo, es el primer síntoma de una alerta que se ha postergado por mucho tiempo hasta que se hace inminente su atención...

Aurelio despertó con esas palabras zumbándole la cabeza, todo le daba vueltas. En el momento en el que se acalló la voz del sueño supo que estaba en su habitación, el cielorraso conocido. Abrió los ojos, se incorporó. Comprobó que estaba despierto mientras intentaba corroborar qué era lo que lo hacía sentirse pesado, desconcertado, como si el cuerpo hubiera encendido un estado de alerta sobre sí mismo, como si le fuera a explotar algo.

Era temprano. Era un lunes cualquiera. No había nadie en su casa, excepto los habitantes de una pecera que le regaló su hermana. ¿Adónde podrían irse los peces, de todas formas?

Haber llegado tarde anoche, sumado al humo cannábico que inhaló y los tragos de más que degustó en compañía de desconocidos: todo se juntó en su cuerpo e hizo vacilar a Aurelio.

Se fue a la cocina, se sirvió un vaso de agua, lo bebió y se sintió extraño. Recordó que fue solo al bar, como de costumbre, bailó, fumó, solo como de costumbre, recordó que alguien lo saludó, que ese mismo alguien le dio un beso... ¿solo un beso? Fue más que eso: en su cabeza se acordó de que sus pantalones estuvieron abajo, en uno de los baños, en algún momento alguien gemía, ¿eran sus propios gemidos? No podía asegurarlo.

Algo en su cuerpo le causaba incomodidad, ¿tal vez dolor? Hasta no verse bien, no estaría seguro. Se tocaba el vientre, intentó palpar donde creía que estaba el hígado en busca de algún daño, además del que hiciera el alcohol ingerido anoche, no tenía claro qué era, pero se sentía incómodo. Decidió ir al cuarto de baño a desnudarse y comprobar que todo estuviera en su lugar. Se quitó toda la cárcel de ropa que pudiera aprisionar cualquier mal visible, o invisible, que se reflejara en su cuerpo de alguna manera. Inspeccionar cada centímetro de sí mismo fue su único pensamiento. Ese momento tan íntimo y hasta narcisista de admirarse, de intentar ver más allá de su piel evidentemente morena, frente al gran espejo que tenía colocado en el baño, hizo pensar a Aurelio en que no debía darle tanta importancia al supuesto malestar que lo tenía ahí.

Cualquiera habría diagnosticado resaca, pero le pareció más útil quitarse toda la ropa, ver cada parte de su cuerpo en busca de lunares que no recordara haber tenido, manchas que quizás se hicieron de la noche a la mañana, vellos, recorrer uno por uno con sus dedos en la pesquisa de algo que él, que ni siquiera conocía principios de anatomía y guiado por los médicos invisibles de internet, probablemente no sabría reconocer o nombrar como un agente extraño o masa celular dudosa o simplemente tendría que acostumbrarse a una idea que su madre siempre le hizo ver como natural: “llega un punto donde uno siente cosas que no están ahí, pero que no puede explicarle a los doctores y, entonces, lo toman a uno por loco hasta que aparece un tumor o una alteración estructural como suelen llamarle a lo que vos y yo sabemos que tiene nombre y apellido”.

Un miedo más cosechado de su mamá que había muerto meses antes se le vino a la mente, como si la estuviera escuchando decírselo sentada en alguna parte de la sala por la distancia del eco de las palabras. Salió un momento a fijarse y la pecera estaba igual de solitaria.

A pesar de no ver nada, de no sentir nada con las palmas, las yemas de sus dedos le recordaban a Aurelio episodios de otras épocas vividas. Empezó por recorrer cada una de sus estrías, las que veía y las que solo lograba sentir con el tacto y las sabía una parte suya. Su madre las asociaba con las cicatrices de una batalla peleada para dar vida, pero para Aurelio eran un concepto absurdo en el cuerpo de un hombre porque no había peleado más que con la báscula y las dietas para verse supuestamente “saludable” según los nutricionistas y entrenadores que le funcionaban como gurús y casi adivinos.

Para Aurelio las estrías en sus nalgas, en sus piernas, en las partes del abdomen donde un ejercicio no mueve ningún resquicio de grasa eran sinónimo de ultraje que los modelos que seguía en Instagram no tenían que pasar o que ocultaban con ayuda de la edición de fotos, los filtros y, como si un hechicero lo hubiese hecho, los desperfectos provocados por la expansión del cuerpo y las huellas imborrables del tiempo se diluyeran, algo ilusorio.

Recordó otra época, más joven, no más feliz, cuando se vio la primera estría en la adolescencia, lloró y corrió donde su mamá a mostrarle las marcas de hacerse grande, según ella, seguido de la carcajada que ella le devolvió, porque ya no cabía en sí mismo, lo hizo sentir como si fuera un hecho inexorable que el cuerpo se agriete sin remedio.

No hay nada que hacer, mi chiquito, vivir es aceptar lo inevitable, incluso que el cuerpo se nos vuelva en contra, le dijo entonces su mamá.

Aurelio continuó su exhaustiva búsqueda del dichoso mal en su cuerpo, en cuya piel no parecía reflejarse ningún signo fuera de lugar. Recordó las manos de otras personas mientras pasaba la suya por sus vellos, sus axilas, mientras tenía el brazo izquierdo levantado. Se vio con una mueca de lascivia que solo lo hizo reírse de sí mismo, como si en vez de buscarse algún desperfecto estuviera en un video de algún creador de contenido porno o si estuviera intentando recordar lo que pasó en el bar la noche anterior. Pero también vio materializarse el paso de otras manos a través del tiempo, como si sus huellas dactilares lo transportaran a una época en la que el papá de sus hermanas lo golpeaba y luego se metía a bañarse con él, donde sentía esas manos enjuagar jabón donde no debían, donde esas manos también lo dirigían a enjuagar lo que no debían.

Recordó las manos de su madre que, en un ambivalente gesto de caricia/pellizco, intentaban hacerlo comportarse y no hablar más de la cuenta en ninguna reunión familiar o reuniones con los abogados, trabajadores sociales, incluso una psicóloga forense. Recordó las manos de su primo Antonio en la oscuridad de las noches que compartieron la misma cama, sin que su tía abuela Zulay fuera consciente de que algo sucedía al apagar las luces. Recordó las manos de su hermano Alfonso que lo abrazaron cuando dijo lo que le pasaba con el papá de sus hermanas y que lo único que pudo hacer fue llorar junto a él porque jamás pudo decir que había vivido lo mismo con otras manos de

un familiar ignoto y que jamás se atrevió a mencionarle a Aurelio el nombre verdadero.

Eran otras épocas que los dedos suelen evocar sin quererlo, como si hubiera aprendido a leer un tablero braille en su epidermis, todo por ir en busca de marcas que la piel no había mantenido, por más que los dolores hubiesen sido visibles en algún momento. Recordó haber estado en un bar, ebrio como nunca, solo como siempre y en algún punto de la noche haber sido transportado por un ser sin rostro definido, con una mano áspera como la suya, y que le fuera arrancado de su piel algo más que el sentimiento de estar en el mundo de los vivos.

Se vio con el paso de su mano por sus costados, como el adolescente que fue cuando se molía a golpes y a patadas con cualquiera que le tocara el culo o que le gritara “loca” por la forma de su cuerpo, por su forma de caminar.

Él creía que sus manos le revelarían, con la paciencia adecuada, la enfermedad que según él lo estaba haciendo sentir incómodo desde que despertó con la idea de que algo estaba mal en su cuerpo.

Aurelio sabía que su hermana no volvería hasta la tarde, de seguro estaría enojada porque no le avisó que llegaría tarde. No se molestó en revisar su teléfono. Aurelio tomó cada minuto que pudo en el extraño autoexamen cuyo diagnóstico no entendería, ni sabría cómo reparar su salud: mientras encontrara lo que un médico pudiera definir como un hallazgo estaría bien, tendría una certeza, aunque el síntoma que lo alarmó temprano iba dando paso a otro más concreto: eran medio día y hacía hambre.

No podía pasar desnudo inspeccionando su mapa corporal cuyas líneas no sabía interpretar del todo. Creía haber pasado en vano intentando encontrar un lunar, un abultamiento, signos invisibles. Había olvidado en el proceso que debía darles comida a los peces. Al abrir la vivienda acuática de sus mascotas y notar que faltaba uno de los cuatro pececitos, de colores porque se veían hermosos con luces adecuadas para resaltar su hábitat y belleza. Aurelio se agachó en cuclillas para ver de cerca el suelo de la pecera donde yacía con el ojo vidrioso y gris un tetra neón. Una lágrima le bajó por la mejilla. El mal que lo incomodaba simplemente cedió en su cuerpo y no dejó de pensar en las palabras de su madre, los estragos de anoche y los recuerdos nebulosos que el tacto fue materializando. Solo había muerto un pez y el llanto no cesaba.

LA VOLUNTAD

La tía Raquel siempre estuvo tentada a dejarnos, ya fuera por su inalterado sentido de la aventura que la caracterizó toda la vida o porque ya no le quedaban amores que la hicieran aferrarse a la vida tanto como nosotros deseábamos.

La tía Raquel se consideraba una viajera de equipaje ligero que podría montarse en el último vagón de algún tren sin destino conocido, uno de esos viajes a la morada de los que abandonan el plano terrenal. En vano le rogábamos que no dijera delante de sus sobrinos nietos, uno de ellos mi hijo, que le quedaban pocos días de vida o que estaba esperando no amanecer y que la encontrarán dormida para siempre. Cualquiera que fuera su deseo, para nosotros era una incertidumbre que a ella no parecía importarle en lo más mínimo y siempre lo demostró.

Era la última hermana de mi abuela, la última que nació en una casa que ya contaba con doce hermanos y hermanas que ya rondaban más de quince años de diferencia con la llegada de Raquel, en una zona entonces prácticamente despoblada de Upala, en el extremo más alejado de la provincia de Alajuela. Decía que encarnaba el dicho “y éramos muchos y vino a parir la abuela”.

Upala siempre fue una tierra de cultivo, campos de granos básicos, pero no necesariamente campos llenos de vida y amor. Por ser la última hermana, un presagio marcado por la numerología y la superstición, la tía Raquel fue considerada un desequilibrio para las finanzas, una ruina en forma de mujer bajita, de piel canela y regordeta por parte

de los hermanos que se deslomaban en trabajar la tierra de sus padres, quienes habían cuestionado a los progenitores por haber traído a otra mujer al mundo. *Para los años cincuenta, en ese destierro, que naciera yo fue una afrenta a mis hermanos, pero mi mamá se plantó y dijo que el que quisiera que se fuera, que ella no había parido coyotes para que estuvieran mendigando las sobras o la comida*, decía la tía Raquel cuando algún sobrino nieto le preguntaba por su pasado lejano, aunque pocas veces contó sobre su vida. Siempre bordeaba las preguntas personales.

Un día a mi hijo Roy se le ocurrió ir a visitarla a su cuarto para leer un rato con ella las noticias falsas de las redes sociales y a reírse al usar en sus caras los filtros de otras aplicaciones que la tía Raquel veía como el invento perfecto para burlarse de otros y de sí misma en su vejez. Roy la interrogó con la perspicacia que solo un niño de ocho años podría mostrarle a una señora octogenaria:

— Tía Raquel, ¿usted tuvo hijos?

— No aceptamos que sea natural quedar sin hijos, al parecer. —se lo dijo a ella misma, pero quise hacerle una seña a Roy para que se fuera a jugar con su consola o sus hermanos. Ni siquiera yo mismo sabía esa respuesta porque mi tía jamás hablaba de sí misma.

—No entiendo, ¿me explica, tía? —le siguió preguntando Roy con una sonrisa.

—Mi chiquito, es muy complicado, te lo explicaría con fotos, pero de esa época yo quemé todo... —respondió la tía Raquel con una evasiva que yo preferí ignorar mientras limpiaba su cuarto y Roy la entretenía.

—Tía, ¿entonces usted quemó a toda su familia? —Roy la vio con una cara de sorpresa como si de una asesina en serie se tratara, a lo que mi tía contestó con una enorme carcajada.

—No, mi chiquito, yo quemé las fotos, el vestido de matrimonio, la ropa de maternidad, rompí el acta, tiré hasta el anillo...

—¿Estaba enferma, tía?

—Me habían enfermado, mi amor.

—¿La contagiaron de algo?

Me casé porque quería ser mamá, porque quería tener muchos hijos como mi mamá, según yo, para estar tan contenta como la veía a ella y luego de estudiar un tiempo, de crecer y sentirme una morena tan guapa como mi hermana Elizabeth.

Me encontré viviendo una ilusión malsana en Granada, la ciudad colonial más bella de Nicaragua, con un esposo que estudiaba lo mismo que yo, era mayor, ya todo un farmacéutico en esa época, unos años antes de la revolución.

Yo estaba como loca al ver a ese moreno alto con un bigote negro y un cabello lacio y abundante que siempre me tuvo como loca y, por eso, apenas si terminé un técnico en la carrera, no avancé mucho porque me enamoré y salíamos a pasear por Nicaragua, con el miedo de la revolución, pero en ese entonces no me importaba.

Jacobo, que así se llamaba el señor, me propuso matrimonio y yo acepté. En ese entonces se mandaban cartas, telegramas y así le avisé a mi mamá que me iba a casar...

—No, mi amor, solo me había contagiado yo misma de las ganas de casarme.

—¿Y cómo fue su boda, tía? —Roy parecía más entusiasmado que yo por saber detalles de la vida de mi tía abuela. Yo simplemente me limité a escuchar mientras limpiaba los muebles con una minuciosidad innecesaria y trataba de recordar algún momento en el que la tía Raquel hubiera sido cercana o contara algo de su vida; mutismo total, más bien una brusquedad en sus palabras. Recuerdo cuando se enfermó y yo estaba desbordado, Alicia me pidió el divorcio y se fue, todo por mi tía, la gran herencia de mi abuela. Roy fue el único contento. Raquel siguió su conversación.

—Tuve un vestido bonito y una fiesta bastante linda. Había mucho guaro. Me casé en una de las isletas del lago de Nicaragua, mi amor. Llegaron mis hermanas, tu abuelita. En ese tiempo se acostumbraba alistar un ajuar, pero eso no sé dónde habrá quedado guardado, chuicas comidos por polillas, seguramente, retazos de mi ilusión. —por momentos la tía fijaba su mirada en la nada del cuarto, en un punto de la pantalla apagada.

—¿Pero entonces por qué quemó todo, tía? No entiendo. —interrogaba con impaciencia Roy.

—Esperate, muchacho, no comás ansias. Mirá, yo con el tiempo descubrí que Jacobo tenía amigos que no me gustaban mucho. Yo empecé a intuir que mi matrimonio funcionaba como esas monedas que usás en tus videojuegos para comprar carajadas que mejoran a tus personajes, porque la familia de mi esposo le dio una casa de dos pisos con balcón, en una zona muy exclusiva en Granada en esa época, además de que nunca nos faltó plata para fiestas ni para vivir cómodamente. Para mí eso estaba bien, pero me

hacían falta los hijos. Jacobo no parecía muy entusiasmado y en las noches intentábamos que el amor nos trajera chiquitos como vos, papito, pero yo seguía sin ser mamá...

—Tía, yo creo que Roy no necesita tanto detalle. —
intervine yo.

—El chiquito tiene que saber, además de que fue él quien me preguntó.

—Yo quiero saber, papi, dónde está la familia de tía Raquel y por qué se fue a vivir con mi abuelita y luego con nosotros. —fue la respuesta de Roy y con eso mi tía me clavó su mirada penetrante de ojos cafés que alguna vez fueron más vivos y hermosos.

—¿Puede seguir, tía?

—Claro, mi chiquito. No hay mucho que decir. Cuando quedé embarazada al fin, se lo escondí a Jacobo porque le había escuchado que no le gustaba la idea de que yo me pusiera como una bola de carne o una cuerda anudada con un mocoso dentro, pero ya cuando decía eso para mí estaba claro que un bebito se estaba cocinando y creciendo dentro de mí.

Me tocó hacer maromas y milagros para esconder achaques, vómitos que atribuía a las borracheras, porque lograba engañarlo al seguir tomando con él de la misma forma que antes.

Jacobo no se daba cuenta de que cambiaba mis tragos de guaro por agua, ni mucho menos se dio cuenta que dejé de fumar. Una vida crecía en mí, me sentía la mujer más feliz del mundo. Pero a los seis meses de cargar con el niño se me hizo imposible seguirme fajando y escondiendo el embarazo. Tuve que decirle a Jacobo y eso para él fue lo

peor, como si le hubiera arruinado la realidad, cuando los hombres de ese entonces eran los más felices del mundo por ser papás y dejar que su apellido poblara la tierra.

Fue la primera vez que Jacobo se mostró brusco y me dio un golpe que me dejó morado el cachete. Yo estaba en *shock*, pero mi reacción fue gritarle que para qué nos habíamos casado si no era para ser papás. Le devolví el golpe con una cachetada lo suficientemente fuerte como para demostrarle que tendría a mi bebé y los que quisiera porque para eso nos casamos.

Mi mala suerte fue no contar con que él me tendría preparada una sorpresa: fui al control prenatal del mes siguiente, cosa que era un poco rara en esa época, excepto para las mujeres de cierta clase. Me llevó un chofer de Jacobo, sin embargo, él no salió de la casa, casi no habíamos hablado en esos días.

Cuando llegué, vi en el patio parqueado un carro que no conocía. Entré a la casa y fui cargando mi panza con mi bebé dentro hasta el segundo piso, a nuestro cuarto. La puerta estaba cerrada, cosa que en dos años de matrimonio jamás había pasado. Toqué y llamé a Jacobo, más que todo por educación, después de todo yo no tenía que pedir permiso para usar mi llave y abrir. Lo hice y fue la decisión más estúpida que pude haber tomado —la tía Raquel empezó a sollozar y a sonreír de una forma incompatible con sus lágrimas. Roy estaba atónito al igual que yo, así que decidí preguntarle qué vio para que continuara—. Bueno, lo que es algo normal ahora, en mi tiempo era algo extraño: una no está preparada para ver que la engañen con alguien que parecía una muchacha.

—¿Qué querés que te diga? —Me pareció una burla del destino. Le grité que entendía por qué no quería tener hijos conmigo. Saqué a patadas al muchachillo, no porque tuviera la culpa, sino porque había sido la gota que derramó el vaso y Jacobo en el forcejeo me llevó hacia el balcón y de ahí me tiró al patio del frente de la casa.

—Tía, pero ese hombre la intentó matar, incluso con su bebé adentro... —yo mismo tuve que intervenir porque Roy se había quedado boquiabierto.

—Tía, ¿qué más pasó?

—Diay, pues lo único que podía pasar. El chofer me recogió y me llevó de emergencia a la clínica de la que había venido. Yo estaba inconsciente, más por haberme dado cuenta de todo de golpe que por la caída en sí.

Médicos iban y venían, todo era muy confuso. Yo solo me agarraba la panza, pero cuando perdí el conocimiento y desperté no sabía lo que había pasado. Mi ropa ensangrentada estaba al lado mío, yo estaba vestida con una bata, sin nada, sin nada: sin mi bebé.

Cuando por fin vino un doctor a decirme que me tuvieron que sacar todo, junto con mi niño muerto, me vi a mí misma como un cascarón vacío. Mi voluntad a los pocos días fue ir a matar a Jacobo, pero ya era tarde: se fue de Granada y abandonó la casa.

Pude contactar a mi mamá y me devolví para Upala en Costa Rica. Terminé trabajando en el hospital de ahí hasta que me pensioné y me fui para donde mi hermana Elizabeth hasta que murió.

—Tía Raquel, ¿pero entonces qué pasó con su bebé? —le contestó Roy.

—Mi amor, vaya a jugar, mejor. La tía debe estar cansada de tanto hablar y recordar. —se me ocurrió decirle.

—Tu papá tiene razón, mi chiquito, andate. Otro día te cuento eso. —Roy salió de la habitación con un sinsabor.

Siempre se me hizo pesada la carga de tía Raquel, como una herencia que nadie espera y que no sirve para nada. Mi voluntad no había importado: para mi abuela era fundamental que su hermana solitaria quedara protegida hasta el día de su muerte.

La tía Raquel solía decir que la voluntad de los otros era tan importante como el deseo de las cucarachas por aferrarse a la vida luego del zapatazo definitivo. Después de que no escuché a Roy y me percaté de que probablemente había salido al patio a jugar pude terminar de interrogar a Raquel.

—Tía, ¿entonces su marido...?

—No aceptamos que los padres vean morir a sus hijos, ni que sus entrañas les sean arrancadas para jamás poder engendrar alguno de repuesto. No aceptamos que la muerte venga a dejarnos sin nada en un arrebato del ritmo natural de la creación... —se lo decía para sí misma, probablemente.

—¿Qué está queriendo decir, tía?

—Nada, muchacho. Que me hagás el favor de salir y evitarme la necesidad de mandarlos a la mierda y contratar a una enfermera para que haga su trabajo como debe ser —era la sentencia de mi tía, a pesar de su movilidad reducida.

—Sí, tía, ya la dejo —se había contenido y yo también de gritarnos o decirnos cosas hirientes delante de Roy.

Le di el control de la pantalla y se puso a ver televisión. Me pidió que le cerrara la puerta. Esa noche dormí mal.

Tuve una pesadilla en la que se me dibujó un hombre sin rostro, alto, moreno, tirando a la tía Raquel de un balcón altísimo, en una casa de paredes blancas en la que yo jamás había estado. Por un momento sentí que era yo quien empujaba a Raquel, por un momento se me dibujó el muchachillo andrógino en el sueño y lo hice arder como una parte de los recuerdos que mi tía abuela quemó, quien siempre hizo lo que quiso, quien siempre juzgó el mundo con su propia soledad.

La tía Raquel se fue en la madrugada.

Contenido

Ganadores	5
Presentación	7
Poesía Regional	9
Primer lugar.....	13
Josué Rodríguez Calderón	
El dios que nos vio	
Mención honorífica	27
Mailyn Gamboa Gamboa	
Poemas del corazón que anda cocinando	
Poesía Nacional	43
Primer lugar.....	47
Josué Arce Granados	
El mar en la bolsa del estómago	
1ª Mención honorífica	65
Ivannia Victoria Marín Fallas	
Hay un nido bajo mis párpados	
2ª Mención Honorífica	89
Kevin Román Villalobos	
Mi padre el joven	
Cuento Regional.....	109
Primer lugar.....	113
David Ismael Mora Alvarado	
Polvo en Polvo	
Cuento Nacional	127
Primer lugar.....	131
Ronald Gerardo Hernández Campos	
El silencio es la forma correcta y otros cuentos	

